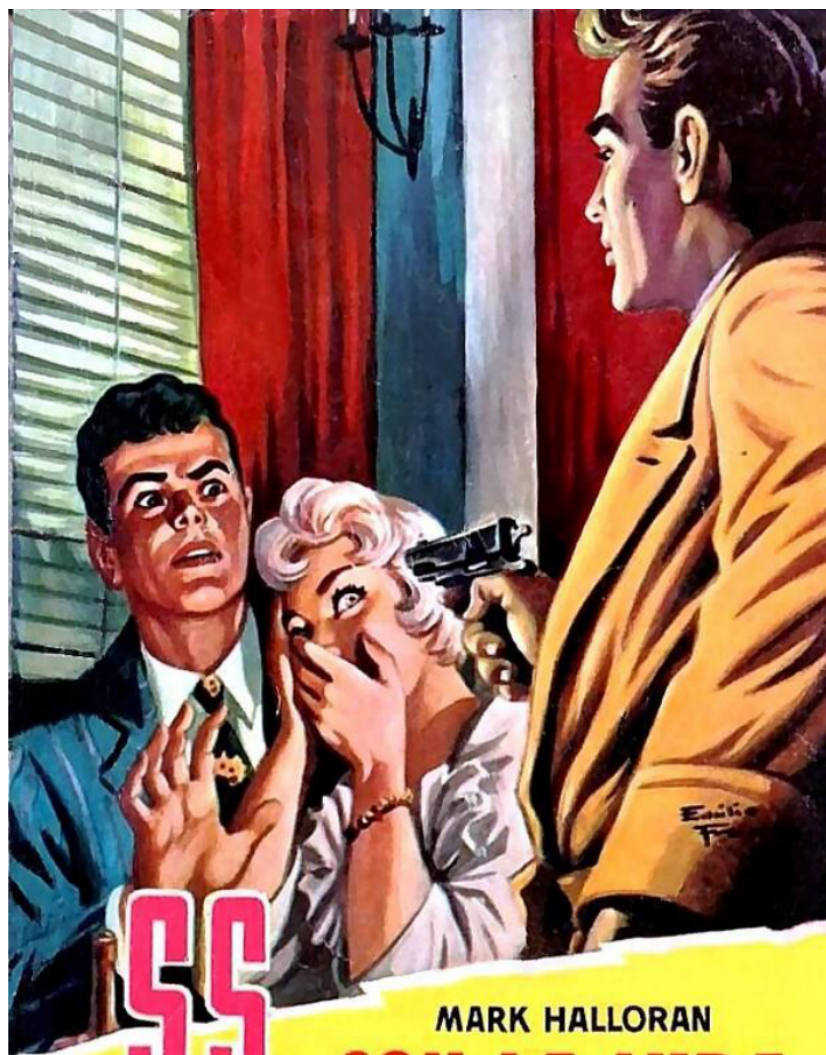




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

CON LA VIDA MARCADA

MARK HALLORAN

Con la vida marcada

1.ª EDICIÓN
ABRIL-1959



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPÓSITO LEGAL B 3.353-1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN-1959

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISANTE:

312. — ¡Volad, insectos de plomo! 480. — El hombre de Dodge.

En Colección BUFALO:

27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre. 198. — Jinete en el cielo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

422. — Cadáver con faldas. 442. — Muerte bajo los focos. 444. — R.I.P. en Dakar.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

CON LA VIDA MARCADA

por
MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

El cuentakilómetros del «Thunderbird» marcaba los ciento cincuenta por hora. Era una carrera loca. Una carrera hacia la muerte.

¿Por qué?

Todo había comenzado cuando, apoyado en el mostrador del bar donde solía almorzar haciendo un alto en su rutinario trabajo en las oficinas del «Hoover West Tennessee Bank», Johnny Rush captó la mirada de unos ojos grises. Aquellos ojos pertenecían a Alan Jarapers. Su burlona mirada le llegó a Johnny desde un pasado que se remonta a seis años atrás.

¡Cómo se encadenaban las cosas! Desde que la mirada de los ojos grises surgió del pasado, Johnny había vuelto a Miami y, por fin, a Nueva York. Seis años vacíos fueron borrados de su vida. Ahora, asido al volante del «Thunderbird» blanco, corría en derechura hacia la muerte.

No había podido evitarlo.

Tampoco podrían evitarlo los agentes de la policía de Connecticut que en aquellos momentos hacían su servicio nocturno de patrulla en la carretera por dónde el «Thunderbird» avanzaba. Habían llegado con su coche casi a la divisoria de su Estado y el de Nueva York, y se disponían a dar vuelta cuando recibieron una llamada por radio:

—Vigilen un automóvil blanco, marca «Ford» modelo «Thunderbird», licencia de Nueva York. Es preferible que intercepten las pistas para detenerlo con mayor facilidad. El conductor debe de ir borracho. Dejó atrás a un patrullero que marchaba a más de ciento veinte por hora.

El más viejo de los dos agentes que tripulaban el coche pronunció una maldición a media voz.

—¿Por qué vamos a interrumpir el tráfico? —dijo a su

compañero—. ¡Interceptar las pistas por un borracho! Siempre queda el recurso de agujerearle las llantas y ver cómo se estrella contra un árbol.

—Suponiendo que lo identifiquemos con esta oscuridad —respondió indiferente el otro—. Si ha dejado atrás a uno que corría a ciento veinte en el sector donde han dado la alarma, plagado de curvas, ahora, con el camino libre y el motor caliente, vendrá lo menos a ciento cincuenta.

El agente conductor abandonó la carretera por una desviación lateral, dio media vuelta y estacionó el coche junto al cruce, en espera de la presa anunciada.

—Puede que haya tomado un ramal —dijo el viejo, momentos después. Se disponía a añadir algo cuando su compañero le impuso silencio con un ademán—. ¿Qué? ¿Está ahí ya?

Del lado de Nueva York se percibía el resplandor de unos faros.

—Vamos a su encuentro y lo sabremos.

El conductor sacó el coche patrullero a la autopista, conectó la sirena a toda potencia e hizo funcionar las luces rojas destellantes. La velocidad a que le aproximaban los faros no disminuyó. El vehículo llegó, pasó y dejó la oscuridad tras de sí. Fue como si una mano rapidísima hubiera trazado en la noche una pincelada brillante. Luego, nada.

El agente conductor estornudó ruidosamente y pisó el acelerador del patrullero hasta que la suela de su zapato encontró insalvable resistencia.

—No intentes adelantarle —le advirtió su compañero en tono de burla—. Es un suicidio a esta velocidad, y más si el tío está borracho. Suele ponerles nerviosos la sirena.

—Tal vez no sea un borracho. Las muñecas no le fallan si no se ha matado desde que dieron el parte. Un borracho no tiene esa seguridad.

La carrera se prolongó breves minutos.

—¡Cuidado, Joe!

Había un cruce, el de la pista de New Haven, y luces rojas en él. Otros dos coches patrulleros cumplían allí la orden de interceptar el tráfico, exigiendo con sus señales luminosas marcha lenta. Tres vehículos se sometían a su inspección.

Antes del cruce, dos marcas de caucho frotado con violencia

contra el asfalto por causa, de un frenazo brusco terminaban en las ruedas del «Thunderbird» blanco, que estaba detenido al borde de la carretera.

—Se le atascó —dijo el conductor del patrullero, pasando de largo junto a él, incapaz de frenar en tan corta distancia—. Ahora sabrá lo que es bueno.

Apenas se hubo parado el coche saltaron a tierra los dos policías. Uno sacó el pañuelo para restañar el sudor que le bañaba el rostro. Su compañero exhaló un suspiro de alivio y pisó con fuerza el suelo, como para asegurarse de que no huía bajo sus pies. Ambos se dirigieron resueltamente hacia el blanco automóvil.

Vieron sentado ante el volante a un hombre de unos treinta años, enjuto, moreno, varonil, de mentón firme y sombríos ojos. Su rostro, la forma y posición de su cabeza, sus hombros y sus manos estaban dotados de peculiar atractivo, como si dentro de él se produjera alguna forma de energía. En aquel momento acababa de encender un cigarrillo.

El hombre miró a los policías cara a cara. Fue el primero en hablar:

—Buenas noches —dijo con sosiego—. Confío en que puedan ustedes ayudarme.

—Hay un límite de velocidad en esta pista —replicó secamente el agente más joven.

Una sonrisa del hombre puso en contraste con la curtida tez dos hileras de blancos y fuertes dientes.

—Sí, lo sé, un límite sorprendentemente bajo. Pero también hay en la vida de uno ocasiones que obligan a saltarse los límites.

—¡No me diga!

El hombre metió la mano en su chaqueta a la altura del sobaco izquierda. Al instante, dispuesto a no ser cogido por sorpresa, el policía joven desenfundó y amartilló el revólver.

—¡Demonio! —rió el hombre—. Guarde ese cacharro, puede quemarse con él. Supongamos que soy presidente de una sociedad benéfica y me dirijo a la fiesta que cada año damos en obsequio de los niños sin madre. Un acontecimiento lleno de emoción.

—Supongamos que se viene usted al Departamento con nosotros. La fiesta será allí más emocionante todavía.

—Todo puede arreglarse.

El hombre había sacado la mano del bolsillo. La abrió apoyándola en el marco de la ventanilla. Tenía en ella cierto número de billetes.

Antes de que el agente joven hablase de nuevo, el viejo susurró:

—¡Cielos! —Y cogió el dinero sin titubear—. Deseo el mayor éxito a su fiesta, amigo.

—Pat —gruñó el otro, en tono de reconvención.

El viejo no le hizo caso. Dijo al hombre:

—Siga nuestro coche y no se preocupe.

Saludó llevándose la mano a la gorra, echó a andar hacia el patrullero y tomó del brazo al joven para que le acompañase.

El joven protestó:

—Eso no, Pat. Por un puñado de dólares no. Es una vergüenza.

—Ya fui un niño sin madre —respondió el viejo sarcásticamente—. Los huerfanitos son mi punto flaco... Hala, sube al coche y cierra el pico.

Momentos después, el patrullero avanzaba lentamente hacia el cruce, seguido por el «Thunderbird». Los restantes policías acababan de despachar los tres vehículos que tuvieron detenidos.

El viejo se asomó por la ventanilla y les gritó:

—¡Metimos la pata, muchachos! ¡Es el fiscal de Kinston! ¡Dejadle pasar!

Los agentes se apartaron. El patrullero se hizo a un lado. El otro coche pasó, dio luces largas, aceleró y reanudó su camino. Sus pilotos de cola se perdieron pronto en la noche.

Johnny Rush, el hombre que lo conducía, comprobó por el retrovisor que los policías habían desaparecido en la serpentina oscura de la carretera. Sonrió vagamente y se frotó el mentón con el dorso de la mano. Pero su sonrisa no demostraba alegría. Había reemprendido, y lo sabía, su carrera hacia la muerte.

Transcurridos quince minutos, redujo la velocidad y prestó más atención a los flancos de la carretera que a la carretera misma. El asfalto ascendía en pronunciada pendiente, y en lo alto, al fondo, se divisaban las luces de una ciudad. Faltarían unos cinco kilómetros para llegar a ésta cuando Johnny detuvo el coche al borde de la pista, en un punto donde el terreno formaba una rampa que no terminaba sino sesenta metros más abajo. Dejó las ruedas delanteras vueltas hacia el declive y el vehículo desfrenado. Miró adelante y

atrás. Nadie. Ni coches ni peatones. Estaba solo.

Hizo un esfuerzo para que el «Thunderbird» corriese a su impulso el corto trecho que lo separaba del desnivel. Las ruedas comenzaron enseguida a moverse por sí solas. El coche se precipitó por la rampa con gran estrépito.

Johnny se quedó todavía un minuto, viendo cómo, a sesenta metros de distancia, las llamas devoraban el bello color blanco de la carrocería. Luego echó a andar hacia la ciudad a campo traviesa, en la soledad de la noche.

Llevaba media hora de camino cuando, a su derecha, por dónde la carretera debía de discurrir, oyó aullar las sirenas de varios coches. Cualquier automovilista habría visto y comunicado el presunto accidente.

¡Magnífico!

La carrera hacia la muerte había alcanzado su meta. Johnny Rush estaría muerto. Oficialmente muerto.

Lo estaría, por lo menos, durante las muchas horas que la policía necesitaría para cerciorarse de que no había cadáver ninguno entre los restos del «Thunderbird» ni en sus alrededores.

Plazo suficiente.

CAPÍTULO II

Johnny se maravillaba de haber llegado tan deprisa a aquella situación. Podía contar por horas el tiempo transcurrido desde que sus ojos encontraron los de Alan Jaspers. Fue en el mostrador de un bar, en Bear Plain, Tennessee, y ya quedaban en medio Miami y Nueva York.

Y un asesinato, naturalmente. Un asesinato cometido en los Apartamentos Neptune de Greenwich Village.

La mirada de los ojos grises le había llegado desde un pasado que se remontaba a seis años atrás. Johnny Rush sintió frío al captarla; frío en la atmósfera de aquel bar, espesa y caliente como la de mi baño turco.

Durante seis años, día tras día, sin olvidar nunca, había estado esperando y temido que el pasado resucitara. Helo aquí. El hombre de los ojos grises que le miraba sonriente desde el extremo del mostrador, apenas había perdido en seis años un poco de cabello. Era igual en lo demás, incluso en lo que no se veía, en lo que llevaba oculto en el corazón: Johnny Rush lo hubiera jurado.

El hombre avanzó arrastrando por encima del mostrador su vaso de cerveza. Únicamente Johnny veía que el pasado avanzaba con él.

—No me engañaron al decirme que éste era tu bar predilecto y que tarde o temprano te dejarías caer por aquí —la voz del hombre era gangosa, aguda, y raramente cambiada de diapasón; exactamente como Johnny la recordaba—. Un bar un tanto pobre. Y triste. Se asfixia uno aquí dentro.

Johnny Rush apretó los dientes.

—Nadie te obliga a quedarte.

—No. Ni a ti tampoco.

—Yo estoy bien. Lárgate por dónde has venido, Alan.

—¿Es costumbre en esta condenada ciudad acoger así a los viejos amigos? En otro tiempo, Johnny, me hubieras invitado a una

copa.

Johnny sabía que todo era inútil, que ya todo estaba perdido, aun así, intentó mantener su posición: volvió la espalda al hombre, llamó al *barman*, *pagó el ron con seltz que había pedido e hizo ademán de marcharse*.

Sin violencia, con la naturalidad de muchos años de práctica, el hombre le cerró el paso. Johnny Rush se quedó tranquilo, apagada la mirada, impassible el bronceado rostro. La conciencia de que nada bueno significaba la aparición de Alan, turbaba las profundidades de su ánimo, pero no la superficie. Aquella vida oscura, medio oculta, lejos de donde antaño ocurrieron tantas cosas, no había servido más que para aplazar un desenlace que otros habrían de encargarse de hacer inevitable. Uno no puede romper con su pasado cuando en este hay manchas de sangre. Por fin sucedía todo como tantas veces había imaginado.

Alan dijo:

—Llevo una pistola en el bolsillo; me refiero al bolsillo donde acabo de meter la mano.

—¿Sabes tú lo que soy aquí? —respondió Johnny a media voz—. Un ciudadano respetable. No se mata impunemente a un ciudadano, ni siquiera en una ciudad pequeña. Quítate de en medio, Alan.

—No serás respetable mucho tiempo si me quito...

Una vena se había hinchado en la frente de Johnny.

—¿Ocurre algo, señor Rush? —preguntó a su espalda el *barman*.

—Nada. Nada, Ted, hasta luego.

Ocurría todo lo malo que podía ocurrir.

Hizo una seña con la cabeza a Alan, y éste se volvió y le precedió camino de la puerta. Fuera, en la calle, el calor no era menos agobiante que en el interior del pequeño local.

—¡Cochina ciudad del infierno! —resopló el hombre de los ojos grises—. Ven, tengo mi coche a la vuelta de la esquina.

Era un palacio sobre ruedas, dotado de aire acondicionado, cómodo como el lecho de una sultana. Alan se derrumbó sobre el asiento con un suspiro de alivio, encendió perezosamente un cigarrillo y oprimió el botón de la radio. Sentado a su lado, Johnny Rush miraba rígidamente hacia adelante.

Fue él quien habló:

—¿Qué te ha traído aquí?

—El deber —rió el otro, expeliendo el humo por la nariz—. Y las ganas de hacer un poco de turismo. Pudo venir otro, pero dije que quería ser yo... ¡Ah, Johnny, Johnny Rush! ¡Cuántas vueltas da el mundo! ¿Quién te engatusó para que te enterrases vivo en este horno? ¡Un chico como tú! ¿Qué edad tienes?

—Veintiocho —respondió Johnny sin mirarle.

—Fíjate, tenías veintidós cuando...

—¡Está bien, Alan! ¿Qué te propones?

—Yo nada. Es Colter. Dice que te necesita.

—Un sepulturero es lo que necesita.

—Casi —asintió Alan, y repitió su seca risa, como si lo que acababa de oír tuviera un sentido oculto—. Pero, por ahora, vive, ordena y manda como de costumbre.

—Colter no puede querer nada de mí.

—Bueno, él dice lo contrario, y será mejor que te lo explique en persona. Ya sabes qué clase de hombre es: nunca da razón de sus actos. Él paga, nosotros cobramos, y en paz. Todo sigue lo mismo.

—Sí —murmuró Johnny.

Alan formó con deleite un anillo de humo. Estaba mirando entre los párpados entornados a una muchacha regordeta que caminaba por la acera contraria. Emitió un chupeteo desdeñoso.

—¿Cómo un chico de tu calibre ha podido echar el ancla en esta asquerosa ciudad? Es algo que no entiendo, Johnny.

—Sin embargo, es una ciudad tranquila, y hasta hoy era agradable. ¡Vamos, Alan! A las tres debo estar en el Banco. ¿Qué quiere Colter?

—Te he dicho que él te lo explicará.

—¿Ha venido?

—No, irás tú a verle.

—¿A Miami?

—Pues claro.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Soy un simple empleado —dijo Johnny, tranquilo, pero no firme. Sabía de antemano que toda resistencia era inútil—. Estoy sujeto a un servicio. No puedo abandonarlo por el capricho de...

—Supón que lo que Colter ofrece vale la pena.

—No.

Alan se encogió de hombros e hizo desaparecer en el cenicero automático del tablero lo que quedaba de su cigarrillo.

—Él ha dicho que irás.

—¿Dónde vive ahora?

—En el «Biscayne Excelsior».

—Ha progresado, ¿eh? Dile que estaré allí el viernes por la noche. Pediré una licencia de fin de semana.

—Quiere que te presentes enseguida.

—¡Muy bien! Saldré mañana mismo en avión.

—Quiere que te presentes enseguida —repitió Alan, sin la menor inflexión de voz.

Johnny Rush cerró los ojos. Volvió a abrirlos para consultar su reloj. Preguntó:

—¿Cómo iré?

—Yo te llevaré en el coche. Saldremos a las cinco. Esto nos dará tiempo de cenar en Morningdale...

—¿Cómo volveré?

—Colter debe ya de tenerlo previsto.

—¿Es que acaso podré volver?

—¿Por qué no? Sabes cómo trata él a los buenos amigos, sobre todo si lleva años sin verles... Me hospedo en el «Cottage». Te espero en el vestíbulo del hotel a las cinco menos cuarto.

Sin replicar una palabra, Johnny abrió la portezuela y se apeó del coche. Desde dentro, Alan le dedicó una corrosiva sonrisa; luego puso el vehículo en marcha y se alejó calle abajo.

Johnny permaneció un momento inmóvil en la acera, completamente ajeno a cuanto le rodeaba, como si estuviera encerrado en una campana de vidrio. Echó a andar en dirección al Banco, sin responder al saludo, que no veía ni oía, de los conocidos que se cruzaban con él.

Ante la puerta del Banco volvió a la realidad. Un trueno había retumbado. El cielo estaba encapotándose. El tremendo calor iba de un momento a otro a resolverse en tormenta. El viento soplaba ya, arremolinando el polvo.

En Miami, pensó, haría buen tiempo. Sol, aire tibio, bellas mujeres en las playas, azul claro en el cielo; y aquella vida que comenzaba con el crepúsculo, aquel «paraíso nocturno» de que hablaban los folletos turísticos: *nightclubs*, grandes casinos, música

y romance bajo las estrellas.

¡Dios! Estaba seguro de que todo aquello no iba a ser para él. El sueño de unos años de paz había sido, simplemente, un sueño largo.

CAPÍTULO III

El hotel «Biscayne Excelsior» no era como Johnny lo recordaba. Era mejor aún. Había sido ampliado, reformado y convertido en un palacio de cuento de hadas. A los turistas les gustaba esto. Había amplias terrazas en todos los pisos, abundancia de flores y profusión de colores en los toldos. No faltaba el consabido bosquecillo de palmeras.

Alan empujó amistosamente a su acompañante, y ambos atravesaron, tomados del brazo, el jardín anterior y subieron los tres peldaños de la escalera de entrada. El portero saludó con respeto y cordialidad al empleado de Colter. Un botones soñoliento abrió la puerta de uno de los ascensores que formaban la colección del edificio.

Johnny murmuró:

—Ya dije que había progresado. No será barato vivir aquí.

—Baratísimo para él. La barraca es suya.

—¿Esto es suyo?

Alan rió quedamente.

—¿Por qué no? Colter no es de los que se entierran vivos en una aldea del desierto... Su apartamento está en el ático. Linda vista, ya verás.

Seis años atrás, recordó Johnny, antes de que él se enterrase vivo en una aldea del desierto, los ingresos de Colter eran superiores a los suyos, pero no muy superiores. Ahora era dueño del «Biscayne Excelsior». Por lo menos. Habría otras cosas detrás del hotel, sin duda.

Las puertas del ascensor se abrieron automáticamente. Un hombre grueso, de tez pálida y ojos saltones, que aguardaba en el pasillo, saludó con una mueca y echó a andar indicándoles el camino a seguir, como si Alan no lo conociese. Reinaba en el hotel absoluto silencio. Eran las cinco y veinte minutos de la madrugada:

el viaje había durado más de doce horas, con sólo una breve parada en Morningdale para cenar. Johnny se sentía cansado y sucio, y se admiraba de la frescura que demostraba Alan, a pesar de ser éste quien había conducido la mayor parte del tiempo.

El pasillo estaba bellamente decorado, con cactus y flores tropicales. El hombre grueso llamó dos veces a una puerta, la abrió sin esperar respuesta e hizo señas a sus seguidores de que entraran. Cerró detrás de ellos y echó el pestillo.

Johnny se encontró entre muebles y tapicerías de color naranja pálido,
azul-gris
y oro viejo.

—Por aquí —dijo Alan.

El hombre grueso abría ya otra puerta. Era la de un dormitorio, por cuya enorme ventana se veía amanecer sobre el mar. En la única cama yacía Colter, y Johnny casi dio un respingo de sorpresa al reparar en su aspecto. Colter tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años, pero parecía un viejo decrepito. Su rostro demacrado, sin afeitar, mostraba una palidez de muerte. Su sonrisa cuando vio a los recién llegados fue una sonrisa de calavera.

Movió la mano, y el hombre grueso se retiró.

—Sabía que vendrías, Johnny.

Hubo un silencio.

—Por supuesto que lo sabías —respondió finalmente Johnny—. De lo contrario no habrías encargado a Alan qué llevara consigo su pistola.

—¡Tú siempre tan agudo! Bueno. ¿Qué cuentas? ¿Marchan los negocios?

—No tan deprisa como los tuyos, pero por un camino más saludable.

El rostro de Colter se crispó. Su voz era débil. Apoyaba la cabeza sobre tres almohadas, y las marcas del dolor eran patentes en torno a su boca. Semejaban pesarle los párpados.

—Sí —dijo—, a veces pienso si no sería mejor dejarlo todo, marchar al Oeste, abrir un negocio tranquilo en Phoenix o Santa Fe... Johnny, ¿qué siente uno cuando se convierte en empleado de Banco? ¿Algo así como si presenciase sus propios funerales?

—Puedes burlarte.

—Hablo en serio.

Alan intervino:

—Sería mejor que descansaras ahora, patrón. Por la tarde...

—Esto no es una visita de cortesía —le interrumpió Johnny. Sus ojos estaban fijos en las doloridas, pero malignas pupilas del enfermo—. Vamos al grano. ¿Qué quieres de mí, Colter?

—Que me hagas un trabajo. Fuiste bueno, a tu modo.

—Aquello acabó.

—¿Te sientes capaz todavía?

—No quiero probarlo. Tengo, un buen empleo y un televisor en casa. No aspiro a más.

—¿Alguna chica?

Los rasgos de Johnny se endurecieron.

—No.

—¡Qué curioso! Las mujeres solían sorber los vientos por ti, Johnny, ¿recuerdas? Debes de ser el amo de ese villorrio donde vives.

—¡Termina de una vez!

Colter emitió con dificultad una risa de triunfo. Se la truncó un acceso de tos. Gimió. Luego dijo:

—Un hombre no olvida por las buenas su antigua vida y sus antiguas amistades. Y nada importa que sus negocios marchen por el camino más saludable del mundo si le falla la salud del corazón. Ya sabes a qué me refiero.

Johnny lo sabía. Demasiado bien. Por ello permaneció mudo.

Transcurrido un momento, el enfermo añadió:

—Conforme, vamos al grano si lo prefieres. Este trabajo te agradará. Consiste en que te largues a Nueva York, encuentres a una paloma y me la traigas.

—¿Qué más?

—Una ganancia de cinco mil pavos para ti.

—Si el trabajo es como dices, no los vale.

—¡Déjate de tonterías! ¿Cuánto tardarías en ganar ese dinero trabajando en el Banco?

—Si hago lo que me mandas, Colter, no será por propia voluntad.

—Me basta con que lo hagas, sea como sea. Pero piénsalo bien, muchacho: cinco mil y gastos pagados en Nueva York. No puedes

desperdiciar esta ocasión.

—Supongamos que la desperdicio. ¿Qué pasará?

—Me obligarás a ser un poco duro.

—Un día u otro tenía que ocurrir esto —dijo Johnny, mirando al suelo—. Tú y yo estamos en paz; nunca te hice el menor daño, ni cuando podía y debía hacértelo; es más, me hice daño a mí mismo para no hacértelo a ti. Pero eres miserable, rastrero, inmundo, un cobarde reptil que por instinto ataca a traición, y no era lógico esperar de ti otra cosa. En Nueva York están los mejores detectives privados del mundo. Sin embargo, me encargas a mí un trabajo de cinco mil pavos por el cochino placer de obligarme a hacerlo.

—¡Infiernos, Johnny, no lo tomes de ese modo! No conozco a ninguno de esos detectives. No me gustan los detectives. No confiaré un asunto delicado a un extraño.

—¡Yo soy un extraño! ¡Abandoné hace seis años esta vida! ¡Estoy desentrenado y no voy a servirte!

—Lo dudo. Pero me juzgas muy mal si crees que recurro a ti porque ello me cause placer. He reflexionado mucho, y no te he elegido sin titubear... Tú eres mi hombre, Johnny, lo siento. Alguien que lleva seis años oculto en una ciudad perdida. Un tipo, sobre todo, a quien nadie conoce... porque... ¡Alan! —La voz de Colter se había debilitado más aún—. Un trago, ¡pronto!

Alan se precipitó hacia una mesa donde había botellas y vasos. Escanció una dosis de *whisky*. El enfermo, que se había dejado caer sobre las almohadas, lívido, respirando agitadamente, se recuperó un poco después de haber bebido.

Johnny le observaba con curiosidad.

—¿Quién es la mujer que debo encontrar?

—Se... llama Diana Dalton —jadeó Colter—. Espera, luego te daré otras indicaciones...

—¿Para qué la buscas?

—No te interesa.

—Quizá sí.

—Negocios privados.

—Quiero tener, por lo menos, una idea de la clase de cuerda con que voy a ahorcarme.

—Otro trago —pidió Colter. Alan se lo preparó y se sirvió un vaso para sí—. Ofrécele a Johnny —éste lo rechazó con un ademán

—. ¿No? ¿Tampoco bebes?

—¿Para qué buscas a esa mujer?

—Mira, no estoy en cama por enfermo, ¡entérate! Llevo el pecho remendado por un matarife; de lo contrario se me saldrían los pulmones por los agujeros que me dejaron las balas. Ella tiraba bien.

Johnny enarcó las cejas. Recordó de pronto la seca risa y el comentario de Alan cuando él había dicho, al azar, que era un sepulturero lo que necesitaba Colter.

—¿Quiso despacharte? ¿Por qué?

—Eso ya no te incumbe.

—Estoy en tus manos desde hace seis años. ¿Tienes miedo de mí?

—No seas ridículo —Colter sonrió con amargura—. Me vació encima un cargador del treinta y dos y escapó con cien mil pavos. ¿Esperabas una historia más romántica?

—Si se tratara únicamente de eso habrías avisado a la policía.

—Mis relaciones con la policía han cambiado mucho desde que te fuiste. Te he avisado a ti, Johnny. Supón que la sorprendí vaciando mi caja y que la pájara no se dejó sorprender. Tu misión es actuar, no pensar. Alan, alcánzame la cartera.

Alan le alcanzó la cartera, tomándola del cajón de la mesilla de noche. Colter sacó de ella un papel, que tendió a Johnny. Era un cheque bancario a nombre de éste por valor de cinco mil dólares.

—¿Desde cuándo pagas por adelantado?

—Así te tomarás más interés. Puedes negociarlo en cuanto llegues a Nueva York. Trae a la mujer, lárgate en paz y olvida el asunto.

Johnny, pensativo, dio vueltas al cheque entre sus dedos.

—¿Qué prefieres? ¿Recobrar el dinero o recobrarla a ella?

—Las dos cosas.

—¿Qué harás cuando te la traiga, si consigo encontrarla?

—Le contaré cuánto me duele el pecho, por su culpa, cada vez que me rió.

—¿Cómo la localizaré? Nueva York es muy grande.

Colter hizo una seña a Alan. Éste se dirigió a la cómoda y levantó una foto enmarcada que estaba colocada boca abajo. La entregó a Johnny.

Era una foto en colores. Representaba a una espléndida muchacha recostada sobre una alfombra de césped; una muchacha henchida de vitalidad, que reía echando atrás la cabeza, inundado de luz el rostro, revueltos los cabellos cobrizos, salpicada de gotas de agua la piel de su maravilloso cuerpo. Vestía un traje de baño cuya tela hubiera apenas completado la de un pañuelo de bolsillo.

—Sácala del marco y quédatela —dijo Colter.

Johnny obedeció.

—¿No me estás mintiendo, Colter? ¿Puede una criatura así meterle a un hombre un cargador del treinta y dos en el cuerpo sólo para quitarle cien mil pavos?

—No te fíes de ella —la voz del herido reflejó una brevísima chispa de rencor—. Oh, y no la trates con mucho miramiento. Tráela, simplemente.

Johnny se guardó la foto y anduvo lentamente hasta la ventana. Diecisiete pisos más abajo se extendía el jardín del hotel. Más allá, la playa. Al fondo, las aguas azul turquesa de Biscayne Bay. A derecha e izquierda se alternaban los *buildings* de vidrio y aluminio con las lujosas residencias privadas de los millonarios.

Siempre que un espectáculo de aquel estilo se ofrecía a sus ojos, sentía Johnny una punzada de tristeza. Había vivido ya veintiocho años, lo mejor de la vida, sin haber aprovechado nada de lo que el mundo ponía a su alcance. Daba no sé qué pensar en ello.

Mirando afuera, preguntó:

—¿Cómo fue que té enamorases de esa mujer?

—¿Quién ha dicho que esté enamorado?

—Se te nota. Eres la misma especie de basura que yo veía al mirarme al espejo por la época en que Betty me abandonó. Sólo que a mí no me vació la caja: me vació la vida.

—¡Vaya! —exclamó Colter—. Ahora eres tú quien trae a colación el tema.

Johnny se volvió. Su rostro era como una máscara de bronce.

—¿Quieres aún a esa paloma?

—¡No insistas!

—Es interés profesional. Me intriga tu actitud, Colter. Tú no pretendes vengarte; tú has perdonado la mala jugada, y eso es raro en un tipo de tu calibre. Pienso traerte a la mujer, porque sé que no vas a meterme en ningún lío. Se ve a una milla.

Colter respiró dificultosamente.

—Te dije antes que tu misión es actuar, no pensar. ¡Idiota! ¿Imaginas que todos somos como tú? ¿Babosas sentimentales? ¡Hala, sí, hombre, ponte fúnebre! ¿No te han bastado seis años para olvidarte de aquella perra? Si no te han bastado, ¿sabes lo que has de hacer? ¡Ir a un siquiatra!

—No me han bastado —replicó Johnny, tranquilo—. Dejar de amarla fue relativamente fácil, pero olvidarla no.

Colter se apoyó, suspirando, en las almohadas, y cerró los ojos.

—Vete al cuerno. Alan, sírreme otro trago. Mete a este imbécil en el cuarto azul, y que duerma hasta medio día. Le he reservado pasaje en el avión de las cuatro. Ocúpate tú mismo de llevarle al aeropuerto.

Alan llenó de *whisky* el vaso.

—Vamos —dijo a Johnny.

Éste no se movió.

—En Nueva York hay cinco millones de mujeres. ¿No tendré otra pista que la foto?

—Una más —respondió débilmente Colter—. Ve a ver a un fulano que se llama Pinkerton, Ulysses Pinkerton; es agente de espectáculos, encontrarás sus señas en el anuario o en la guía. Si descubre que vas de parte mía, que trabajas para mí, despídete de encontrar jamás a Diana. Ella canta muy bien. Juraría que a estas horas Pinkerton la ha colocado ya en cualquier *night-club*.

—¿Por qué? No será así si pretende ocultarse.

—Diana ignora que estoy al corriente de sus antiguas relaciones con Pinkerton. En todo caso, él sabrá dónde está. Es su único amigo en Nueva York.

—Suponiendo que ella se encuentre en Nueva York.

—Eso es seguro. Hice seguir su pista.

Johnny se encogió de hombros.

—¿Se llama Diana Dalton? ¿Se llama así de verdad?

—Sí.

—Vamos —dijo de nuevo Alan.

Estaba ya en la puerta cuando Colter llamó:

—¡Johnny!

—¿Qué?

—Tú no eres de los que se pasan de listos, sino al contrario; pero

ojo con que te den tentaciones. Te he encontrado una vez. Te encontraría cincuenta. Y si tú no has olvidado a Betty, yo, ¿entiendes? tampoco.

Johnny salió del dormitorio en pos de Alan y cerró la puerta.

Claro que lo entendía. Estaba soportando un chantaje, con la peculiaridad de que soportarlo le producía un beneficio de cinco mil dólares. El precio que pagaba no era en dinero.

En aquel tiempo tenía solamente veintidós años.

Tardó mucho en descubrir que a Betty se la había enviado Colter, y, cuando lo descubrió era ya demasiado tarde. Estaba loco por ella, delirante, perdido, dispuesto a todo. Colter solía emplear aquella táctica con los oficiales de policía que le trababan los pies. Era buen sicólogo. Contra unos usaba el soborno directo, contra otros la ambición política, la presión moral, las tentaciones, el alcohol, el afán de lujo, las drogas, las mujeres, cualquier cosa.

Johnny había querido ser un oficial honrado. Estaba orgulloso de sus diplomas. Tenía ilusiones. Creía en lo que valía la pena de creer.

Betty se encargó de lo demás.

Cuando ya estaba hundido, cuando ya Colter le manejaba a su sabor, como manejaba a tantos otros en la Brigada del Vicio y en el propio Departamento Central, él seguía aferrado al amor de Betty como a un ancla. Ella era exquisita: rubia, tierna, suave, de ojos sombríos y susurrantes labios. La gracia, la tibieza y el perfume de su cuerpo le llevaban al nirvana, a la más dulce embriaguez. La vida a su lado, discurría como un suave y silencioso balanceo adormecedor.

Johnny disparó primero contra ella; luego contra el otro. Lo hizo con su revólver de reglamento. Betty murió en el acto, pero, la agonía del hombre duró más de dos horas. Se llamaba Joe Sulpicio. Era el jefe de la organización de Colter en Shoremede Beach.

Colter se mostró comprensivo, sin duda porque tenía mucho que perder si se enredaba la madeja. Le convenía ayudar a Johnny, y le ayudó. Podía hacerlo. Su presión y sus testigos contribuyeron a que el expediente abierto en el Departamento fuera cerrado sin consecuencias graves. Johnny, tras ello, renunció a su placa de policía y abandonó la ciudad. Ni él ni Colter habían hablado. En paz.

Hacía seis años.

CAPÍTULO IV

El asunto no estaba claro del todo. Sí, muy bien, ocultarle a Pinkerton que iba uno de parte de Colter, enviar a Nueva York a un desconocido; pero ¿por qué precisamente a él? ¿Y por qué pagarle tanto como cinco mil dólares? Cualquier otro desconocido lo hubiera hecho por cien. Nunca hasta entonces había Colter tirado el dinero. Era de suponer que continuaba no tirándolo.

Acodado en la ventana de su habitación del «Traymore Terrace», Johnny disparó con los dedos la colilla de su cigarrillo. Siguió la parábola que trazaba en el aire antes de desaparecer en el abismo, cuyo fondo, setenta y dos pisos más abajo, era la apretada corriente de tráfico de Broadway.

¿Por qué le había Colter elegido a él?

Ningún obstáculo opuso el Banco al pago del cheque: cinco mil contantes. Había comprado una maleta y un surtido de prendas de vestir. Se había instalado en el «Traymore Terrace». Tenía anotados el número de teléfono y las señas de la oficina de Ulysses Pinkerton. Y había llamado cinco veces a dicho número sin obtener respuesta.

Tal era el resumen de sus primeras horas en Nueva York.

¿Estaría Pinkerton ausente de la ciudad?

En la guía diaria de espectáculos no figuraba el nombre de Diana Dalton. La presunción de Colter de que la encontraría trabajando en algún *night-club* parecía errónea. ¿Estaría también ausente la mujer?

Johnny se apartó de la ventana y fue a ajustarse la corbata ante el espejo del cuarto de baño. Abandonó la habitación. Momentos después el ascensor le depositaba a nivel de la calle.

El portero del hotel le consiguió un taxi.

—Ochenta y dos, Richmond Square.

Eran las señas de la oficina de Pinkerton.

Aunque ahora no la había visitado en muchos años, en Nueva

York transcurrió gran parte de su vida: toda su infancia, su primera juventud. La ciudad no había cambiado. No podía cambiar. Era siempre igual a sí misma: enorme, un pulpo monstruoso cuyos tentáculos apresaban a millones de seres. Cerraba uno los ojos y continuaba sintiéndola allí, acechando nuevas presas, esperando nuevas víctimas, tendiendo en todas direcciones su gigantesco cuerpo de asfalto, cemento y acero. Johnny la conocía bien. Había escapado de ella una vez, cuando era más joven y más débil. Volvería a escapar. Se sabía de memoria sus trucos. Escaparía hacia la paz y el descanso...

—¿Es aquí?

Richmond Square, en pleno distrito teatral, estaba dominada por la mole del Logemalle Building. El taxi se había detenido, no obstante, a la puerta de una vieja casa de tres pisos cuya fachada se hallaba casi totalmente oculta por un cartel luminoso que mostraba a una muchacha escribiendo a máquina con una mano y sosteniendo con la otra una botella de determinado refresco. Ocupaba la planta baja un comercio de instrumentos de música.

Era allí: número 82. Johnny pagó al taxista y se apeó.

Había en la entrada una vistosa placa indicadora de que la agencia de Ulysses T. Pinkerton estaba en el segundo piso. Johnny subió. La escalera, de estilo antiguo, conducía a un vestíbulo rectangular, al cual se abrían cuatro puertas. La placa de Pinkerton aparecía en una de las cuatro.

Aquella puerta, en el momento en que Johnny la miraba, se abrió para dar paso a una mujer. No era Diana Dalton. Era más vieja y más gruesa, aunque no demasiado vieja ni demasiado gruesa. Rubia. Su belleza comenzaba a marchitarse, pero seguía siendo belleza. Había algo como teatral en el garbo con que vestía su bien cortado traje chaqueta de apagado color malva. En toda ella, en toda su persona había algo teatral.

Inmóvil, Johnny observó cómo la mujer, antes de salir, apagaba las luces de la oficina, y cómo, luego, cerraba, la puerta con llave y guardaba ésta en su bolso blanco. Ella, al levantar la cabeza, le vio. Su entrecejo se frunció ligeramente.

Él dijo:

—Discúlpeme. ¿No está el señor Pinkerton?

La mujer le examinó por espacio de unos segundos.

—No.

—He llamado cinco veces por teléfono sin que nadie contestara. Esto me ha decidido a venir. Necesito verle, urgentemente.

—No está —replicó ella. Su tono era hosco. Echó a andar hacia la escalera—. No hay nadie. Vuelva otro día.

—¿Es usted su secretaria?

La respuesta fue casi hostil:

—Soy su esposa.

—Perdóneme que insista. Vengo de muy lejos y no puedo quedarme mucho tiempo en Nueva York. Debo ver al señor Pinkerton esta misma tarde.

La mujer pasó por su lado dejando una estela de perfume.

—Yo también.

—¿Quiere decir que no sabe dónde encontrarle?

Ella bajó tres peldaños, y de pronto, como si se le hubiera ocurrido una idea, se detuvo, volvió la cabeza y miró a Johnny a la cara.

—¿Qué desea? ¿Negocios?

—Parece usted un policía. ¿Lo es? ¿Acaso un investigador privado?

Johnny dijo la verdad:

—No.

—Trabajo en un Banco, en Bear Plain, Tennessee.

—No comprendo.

—Se trata de un asunto personal.

—¿Una mujer? —preguntó ella abruptamente.

Sus ojos se habían convertido en dos carbones. Estaba furiosa, esto era evidente. ¿Celos? Pinkerton era el único amigo que Diana Dalton tenía en Nueva York. ¿Amigo hasta qué punto? ¿Amigo en qué sentido?

Johnny aceptó jugar aquella baza.

—¿Cómo ha adivinado que es cosa de una mujer?

—¿Quién es ella?

Él sacó del bolsillo la foto que le había dado Colter, y la señora Pinkerton retrocedió para mirarla. Su boca se contrajo en una mueca. Enseguida volvió a alejarse. Respiraba con agitación.

—No sé dónde está ahora mi marido, aunque puedo imaginarlo fácilmente. Lo que sí le aseguro es que a la hora de la cena le

encontrará en el «Smoky Club».

—¿El «Smoky Club»?

—Sí, en la calle Cuarenta y Tres Oeste.

—¿Con ella?

La mujer no contestó. Había llegado al comienzo de la escalera. Inició el descenso sin pronunciar palabra, sin un ademán de despedida, y así desapareció de la vista de Johnny.

Éste se quedó contemplando la foto. ¿Qué parte de lo que Colter le había contado era verdad? La muchacha sonreía como un ángel. Seis años atrás, Betty había sonreído como un ángel mientras le hundía en el cieno y se burlaba de él entre los grasientos brazos de Joe Sulpicio.

Johnny apretó los dientes. No podía comprender a Colter. ¿Qué? Vengarse, reventarlo todo a cambio de devolver golpe por golpe. Diez golpes por un golpe. ¿Una bala? ¡Diez! Pero no se le pagaban cinco mil dólares anticipados a un ganapán para que marchase en busca de la pájara. No se hacía esto cuando se era un hombre, aunque tuviera uno trufado el cuerpo de plomo como Colter parecía tenerlo.

¿Qué era lo que pasaba? Una hipótesis plausible hubiera sido que Diana Dalton había robado a Colter, disparando contra él al verse sorprendida, para correr, dinero en mano, a reunirse en Nueva York con Pinkerton y llenar de celos el corazón de la esposa de éste. Colter sabía que aquella hipótesis era plausible; no en vano se la había endosado. Pero ¿correspondía a la verdad?

Johnny bajó a Richmond Square con la foto todavía en la mano. Fue a un bar a tomarse un ron con seltz, a un bar de la planta baja del Logemalle Building. Seis años antes, que Betty le amaba hubiera sido también una hipótesis plausible. No, no podía olvidar. Mujeres. ¡Qué cosas!

El tiempo pasó volando.

El «Smoky Club» estaba junto a un cine, muy poco evidente, discreto, casi, oculto. Era en parte nuevo y en parte viejo; probablemente un antiguo local rebautizado y restaurado. Se parecía a muchos otros de su clase. Como muchos, tenía en el vestíbulo un tablero anunciando el espectáculo con profusión de fotografías.

Diana Dalton se hacía llamar allí Nancy Doll.

Johnny sintió un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. No era posible. No podía ser tan sencillo. ¿Por qué había Colter recurrido a él? ¡Ah, sí encontrara respuesta a esta pregunta! Colter disponía, de toda clase de hombres y de toda clase de medios. Confesó espontáneamente que había hecho seguir hasta Nueva York la pista de Diana. Sabía que ella estaría junto a Ulysses Pinkerton. Localizarla no ofrecía, pues; la menor dificultad y sin la menor dificultad la había Johnny localizado: actuaba en un vulgar *night-club* con el nombre de Nancy Doll.

¿Por qué, entonces, había Colter recurrido a él? ¡Infierno! El viaje de Alan Jervis a Bear Plain, tanta insistencia, cinco mil dólares anticipados, todo indicaba la existencia de un motivo poderoso. El hecho de que él fuera un desconocido no contaba. Ridículo. No se necesitaba ser un desconocido para encontrar a la mujer. No se necesitaba ninguna cualidad especial. Ella estaba poco menos que esperando a que la encontrasen.

¿Cuál era el motivo poderoso?

Los presentimientos agobiaron a Johnny mientras permanecía inmóvil ante el tablero publicitario. No cabía error. La muchacha cuya foto ocupaba el centro del tablero era Diana Dalton. Se adivinaba la vital palpitación de su cuerpo, el eco de su risa cuando echaba la cabeza atrás y sacudía su cobrizo cabello. Una frase la anunciaba como «la estatua que acaricia con la voz».

¿Por qué le habría Colter enviado a él en su busca?

Johnny entró en el local, e inmediatamente se halló sumido en una dulzona atmósfera de arpegios de piano, media luz, colores suaves, conversaciones en voz baja. Estaban ocupadas la mitad de las mesas, y sus ocupantes no parecían divertirse mucho.

Tomó la mejor mesa situada de las que se hallaban disponibles y encargó, distraídamente, la cena. No tardó en cerciorarse de que Diana Dalton no se encontraba allí; por lo menos, no en la parte del club que tenía a la vista. ¿Y Pinkerton? Le hubiera gustado saber cómo era Pinkerton.

Lo preguntó al camarero:

—¿Está?

Con una sonrisa profesional, el camarero movió negativamente la cabeza. Se inclinó para servir los entremeses.

—Lo siento, señor. Acaba precisamente de marcharse de aquí.

—Supuse que cenaría aquí.

La sonrisa del camarero se hizo por un instante menos profesional.

—Creo que él también lo suponía.

—¿Su mujer?

—El señor Pinkerton ha recibido una llamada telefónica...

—¿No ha venido ella?

—No tengo el gusto de conocer a la señora Pinkerton, señor.

El show comenzaba. La iluminación de la sala estaba cambiando. Al pianista que actuó hasta entonces se sumaban cinco músicos más.

—Gracias —dijo Johnny al camarero.

Los números del programa eran vulgares. Se adivinaba fácilmente que el «Smoky Club» no tardaría en mudar de dueño, nombre y decoración, como tantas veces habría mudado en el pasado. Era su destino. Liquidación, y a otra cosa.

El *speaker* anunció a «la escultura que acaricia con la voz». Dijo: «Nancy Doll», como hubiera podido decir: «Doris Day» o «Betty Hutton». Johnny miró en torno. La gente se había quedado como antes.

La muchacha, sin embargo, tenía algo. Johnny entornó los párpados al verla aparecer ceñida, en un vestido azul que modelaba de manera exquisita su soberbia figura. Sabía moverse. También sabía cantar, aunque no tanto. Avanzaba alrededor de la pista llevando consigo un pequeño micro y mirando a los hombres a los ojos. Su voz modulaba las sílabas, las hacía vibrar y las abandonaba perezosamente en el aire. Debía de haber en Broadway y sus aledaños, entre cuatrocientas y quinientas muñecas que interpretaban las canciones de aquel modo.

Cantó tres.

—¿Hay más? —preguntó Johnny al camarero.

—Otras tres dentro de unos minutos.

La segunda vuelta del programa no fue mejor que la primera. Nancy Doll salió con un vestido de lamé de oro[1].

Lo que hacía con la voz no era precisamente acariciar, y ella no era precisamente una estatua. Ninguna estatua del mundo poseía su tibio y vital atractivo: se necesitaba tener embotados los sentidos para inventar un *slogan* como el que anunciaba sus actuaciones.

El *show* terminó. Volvieron a cambiar las luces de la sala.

Johnny llamó al camarero:

—Avisé, por favor, a la señorita Doll de que estoy esperándola.

El camarero enarcó las cejas. Titubeó.

—¿Debo decirle su nombre, señor?

—Mi nombre la dejará fría.

—Mire, señor, no lo tome a mal; son muchos los clientes que tienen un asiento vacío en su mesa... Desde que actúa aquí no he visto que ella acepte invitaciones.

—Dígale que traigo una foto que dejó olvidada en un hotel de Miami. Y prepare una botella de champaña. Se la apuesto a que viene.

El camarero se alejó y volvió enseguida.

—El champaña, señor, ¿lo quiere helado?

Diana Dalton, alias Nancy Doll, se aproximaba balanceando rítmicamente las caderas a través de la sala.

¿Por qué había sido todo tan fácil?

CAPÍTULO V

Johnny se puso en pie, retiró una silla y la sostuvo por el respaldo. Sus ojos sondearon los de la mujer. Estaba seguro de que en su fondo se ocultaba un enigma.



En los ojos de la mujer se ocultaba un enigma

2 - VIDA

—Soy Johnny Rush, de Bear Plain, Tennessee. Muchas gracias por haber venido. Siéntese, se lo ruego.

Ella no se sentó.

—Creí entender algo referente a Miami.

—Entendió bien. Referente a una foto olvidada en un hotel de

Miami.

—¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Johnny qué?

—Rush.

La muchacha se sentó al fin. Dominaba perfectamente sus nervios, suponiendo que los tuviera alterados. Unió las manos por las yemas de los dedos, las colocó sobre la mesa y miró, a Johnny cara a cara.

—¿Quién le envía?

Él no contestó. Se llevó la mano al bolsillo y sacó la foto que Colter le había dado. Diana la miró y frunció ligeramente el entrecejo, pero no demostró de otra manera que verla la afectase.

Johnny preguntó:

—¿Dónde se la hicieron?

—¿Eso qué importa?

—Es una buena foto. Me pareció que le gustaría recobrarla.

—¿Ha venido de Miami para devolvérmela?

—¿Lo creería si lo afirmase?

—No.

El camarero acudía con el champaña. Hubo un intervalo de silencio, hasta que estuvieron llenas las copas y el hombre se alejó.

Diana, entonces, preguntó bruscamente:

—¿Qué quiere él de mí?

—¿Él? ¿Se refiere a Tony Colter?

—Sabe de sobra a quién me refiero.

—Ignoro lo que quiere en realidad —dijo Johnny, y no mentía—. Me contó una historia... En apariencia, pretende que vuelva usted a su lado y le devuelva la pasta con que se echó a volar. Los agujeros que usted le hizo en el cuerpo ya se los han zurcido.

La muchacha no perdió la serenidad, pero Johnny hubiera jurado que ahora le costaba algún esfuerzo conservarla.

—No le entiendo, señor Rush. ¿Qué pasta? ¿Qué agujeros?

¿Fingía? ¿Por qué no se había asustado? ¿Por qué se avino tan dócilmente a celebrar aquella entrevista? Johnny sentía que en el interior de su cerebro estaba formándose un espacio vacío, un espacio que no tenía con qué llenar. Nada era lo que debía ser. Algo fallaba. Algo había fallado desde el comienzo de aquel extraño asunto.

—¿Dónde se ha metido Pinkerton? ¿Por qué no está aquí?

Diana dio la primera señal de desconcierto.

—Me hablaba usted...

—Ahora le hablo de Pinkerton.

—¿Es un pretexto? ¡Vamos! Tony ha perdido el juicio si se figura que mezclando en esto al señor Pinkerton se librará de mí. No soy tan tonta.

—Tony no dijo que quisiera librarse de usted.

—¿Pues qué dijo?

—Me encargó que la llevara a su lado con el dinero.

—¿Qué dinero, señor Rush?

—Los cien mil pavos que usted le robó.

La muchacha se echó bruscamente atrás.

—¡Yo! —exclamó a media voz—. ¡Robarle yo cien mil dólares!
¿Está loco?

Johnny se encogió de hombros.

—Ésa fue la historia.

—¿Es usted abogado?

—No.

—¿Un detective?

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué le ha enviado Tony?

Johnny se oprimió las sienes con las manos. ¿Por qué le había enviado? Principal incógnita del problema. ¿Por qué?

—Deje que intente aclarar esto a mi modo. La mujer de Pinkerton está celosa. Me ha dicho esta tarde que encontraría a su marido cenando aquí, y lo que evidentemente quería decir era que él cenaría aquí porque aquí está usted. Sin embargo, Pinkerton se ha ausentado precipitadamente. Y usted ha aceptado mi invitación sin temor ninguno...

—¿Temor? Al señor Pinkerton le han avisado por teléfono de que su esposa ha sufrido un ataque cuando se disponía a cenar.

—Sí, a cenar sola. Pinkerton iba a hacerlo aquí.

—Es mi agente.

—¿Nada más que su agente? Su esposa opina de otro modo.

—Eso le gustaría a Tony, ¿verdad? —replicó la joven, ruborizándole levemente—. Pues puede pintarse al óleo el gusto: vuelva usted a Miami y dígaselo así. Tony sabe de sobra que Ulysses Pinkerton es solamente un amigo. No me culpe a mí de que tenga

una esposa desequilibrada. Los celos de ella son cosa vieja. Sufre un ataque de nervios cada vez que él consigue un buen contrato; no tengo la exclusiva. Ocurre desde que abandonó las tablas.

—¿Ella?

—Era la reina de Broadway hace diez años: Erika Saville. Ulysses la descubrió y se enriqueció como agente suyo. Luego perdió la voz.

Johnny se sintió transportado a la adolescencia.

—Recuerdo a Erika, Saville —asintió. Recordaba el nombre, no el rostro a que correspondía. ¡La reina de Broadway diez años antes! Él tenía dieciocho. Ella se había convertido ahora en la hermosa, pero ya marchita mujer que encontró en la oficina de Pinkerton; él cargaba con el peso de su vida manchada—. Bien, ¿y qué?

—Eso es todo. Vaya y dígaselo a Tony.

—Probablemente lo sabe ya.

Johnny apuró y volvió a llenar su copa de champaña. Diana no había tocado la suya.

—Hacía seis años que no veía a Tony Colter cuando envió en mi busca para encargarme este trabajo —dijo él lentamente—. Le encontré en cama, en sus habitaciones del «Biscayne Excelsior», con muy mal aspecto. Me contó que una mujer había robado cien mil dólares de su caja fuerte, que la sorprendió en el momento del robo y que ella disparó contra él y escapó. Me ordenó que fuera a por ella y se la devolviese con el dinero; dijo que la encontraría en Nueva York, junto a un tipo apellidado Pinkerton, seguramente actuando en un *night-club*. *Me entregó la foto de la mujer. Era usted: Diana Dalton.*

—¿Quién? —exclamó la joven.

—Diana Daton.

Ella tomó la foto y la examinó con una extraña expresión en el rostro. Hubo un largo silencio.

—Si no estuviera Tony de por medio creería que se burla usted de mí, señor Rush. Yo no he robado un centavo, no he disparado contra nadie, ni he escapado de Miami. Me marche, no escapé. Esta foto es mía, por supuesto. Pero nunca ¿entiende? nunca me he llamado Diana Dalton.

—¡Oiga!

—Le digo la verdad. En esto hay un error, a no ser... Bien, no

entiendo una palabra Todo el mundo me conocía en Miami por Nancy Smith, mi nombre verdadero. Nancy Doll es el nombre artístico que he usado siempre.

Johnny se mordió los labios. Una luz roja acabada de encenderse en su mente. Peligro. Pero ¿qué clase de peligro? ¿Cómo y por dónde amenazaba?

—¿Qué hubo entre usted y Colter?

—Un compromiso matrimonial.

—No, por Dios —murmuró él.

Nancy le miró con curiosidad.

—¿Qué le pasa? Soy una chica decente. Conseguí que Tony bailara al son de mi música y le arranqué una promesa de matrimonio. Era su dinero lo que me interesaba, naturalmente, pero ¿qué más da? Un tipo como Tony no puede pretender que a las mujeres les interese de él otra cosa... Bueno, todo estaba decidido cuando, inesperadamente, se echó atrás. ¡Ah, no! Le dije claramente lo que pensaba hacer y me marché de Miami.

—¿Qué era lo que pensaba hacer?

—Demandarle por incumplimiento de promesa. Medio millón de dólares.

—¿Lo ha hecho? —preguntó Johnny entre dientes.

—Lo haré esta semana. He estado demasiado ocupada hasta ahora para perder tiempo con abogados.

—¿Tiene pruebas?

—Por supuesto que sí. Pruebas escritas.

—¡Santo cielo! ¿Cómo se atreve a jugar de ese modo con Colter? ¿Se ha cansado de vivir? ¿O anda buscando que le estropeen la cara con un chorro de vitriolo?

Nancy sonrió desdeñosamente.

—¿Por quién me toma?

—¡Por una chiquilla estúpida, maldita sea! ¿Sabe lo que ocurre cuando alguien acerca una cerilla a un barril de pólvora? ¡Pues eso es lo que ahora está ocurriendo! ¡No se le pueden buscar las cosquillas a Colter!

—Usted le teme, señor Rush.

—No... yo le conozco, que no es lo mismo. Está a la vista que algo sucio ha planeado, ¡y a mí me consta! Se ha tomado el trabajo de sacarme de mi retiro de Bear Plain, contarme una sarta de

embustes, regalarme cinco mil dólares y enviarme a Nueva York con una misión trucada. Daría una mano por saber lo que pasará después. Sea lo que sea, la culpa será suya.

La joven sacudió la cabeza. Sonreía aún.

—Sospecho que no pasará nada. Simplemente, a usted le han tomado el pelo. Quizás a Tony le conviene quitarle de en medio por alguna razón.

—Me había quitado de en medio yo mismo.

Ella se encogió de hombros.

—El problema es suyo, señor Rush. ¿Qué piensa hacer?

—Llevarla conmigo a Miami.

—No sueñe con ello. ¿Cómo se propone llevarme? ¿A rastras? Mire, dígle a Tony Colter que, mientras espera mis noticias en forma de citación judicial, me denuncie a la policía por robo y atentado. Darle este consejo es cuanto puedo hacer por usted. Reflexione. Aquí me encontrarán cada noche a su disposición, usted, Tony o quien sea.

La copa de champaña continuaba intacta cuando Nancy echó atrás su silla y se levantó.

—Aguarde —dijo maquinalmente Johnny.

—¿Para qué perder más tiempo?

—No lo sé. No sé nada, pero no podemos dejar esto así. Usted no se percata del lío en que estamos metidos los dos. Salvo —la mano de él se disparó para asir rudamente la muñeca de la muchacha—, que tuviera usted preparada de antemano esa historia para confundirme...

—Suélteme. No intentará dar un escándalo.

—¿Qué importa un escándalo? ¡Dígalo! ¡Usted ha urdido todo esto aconsejada por Pinkerton!

Ella le miró tranquilamente, abandonando el brazo entre sus dedos, sin resistirse.

—Me inspira usted lástima, señor Rush... ¿Cómo podía yo prever que una persona enviada por el propio Tony no estaría enterada de lo ocurrido entre nosotros? Medio Miami lo sabe. ¿Robos y tiros? ¡No sea absurdo! He pensado que sería usted un abogado venido a proponerme un arreglo amistoso, nada más. Permita ahora que me retire.

Johnny la soltó. Se dijo que tenía toda la razón del mundo.

Toda. Ella esperaba, sin duda, que Colter enviase a alguien, pero no a un hombre por completo ignorante de lo que había pasado.

¡Un hombre que vivía a más de mil kilómetros de Miami, en una ciudad perdida en el agreste país de Tennessee!

¿Era éste el motivo de que Colter se hubiera fijado en él? Bien, ¿con qué propósito? ¿Qué esperaba Colter que hiciera él en Nueva York, cuando encontrase a la muchacha?

Nancy dijo:

—Buenas noches, señor Rush.

Johnny, sin saber por qué, se estremeció.

—Atiéndame sólo un minuto —rogó—. Todo esto debe responder a una cosa que yo no acierto a descubrir, quizá porque no estoy en posesión de los datos necesarios. Exprímase la mollera, por favor; recapacite, recuerde, consúltelo con Pinkerton. Cualquier cosa que se le ocurra comuníquemela al «Traymore Terrace», donde me hospedo. Estaré allí por lo menos un día más.

La joven, titubeó.

—Parece usted buen chico. Prometo hacerlo.

Saludó con la mano y se alejó a través de la sala.

Misión cumplida, ¡qué sarcasmo! En la media luz, entre las conversaciones susurrantes y los arpegios musicales que daban a la atmósfera del club una consistencia de almohadón de plumas, Johnny Rush se preguntó cuál sería la realidad de las cosas.

CAPÍTULO VI

El cruce de la calle Cuarenta y Tres con Broadway hervía de animación, centelleaba de luces. El calor de la noche era pegajoso, un calor marítimo, húmedo, que se arrastraba sobre el asfalto como una neblina invisible. Los automóviles invadían las calzadas. Los peatones se agolpaban en la acera. La fiebre de movimiento y expansión era general.

Johnny, parado en la esquina, no sentía sino frío, aburrimiento y un deseo agobiante de huir en busca de la paz de su pequeño apartamento de soltero en Bear Plain. Un día más: no rebasaría aquel plazo. Nueva York no podría atraparlo.

Salió de su abstracción para cruzar la calle y caminar hasta la primera cabina telefónica. Se encerró en ella e introdujo una moneda en el aparato. Pidió conferencia con Miami, Hotel «Biscayne Excelsior», Biscayne Bay. Añadió las monedas que le indicó la operadora. Esperó un instante.

—Póngame con el señor Colter —pidió, al contestarle la central del hotel.

Obtuvo la comunicación. Una voz opaca, que no conocía, artículo sin interés:

—Diga.

—Quiero hablar con Tony Colter.

—¿Quién le llama?

—Johnny Rush, desde Nueva York.

—El señor Colter está descansando —dijo la voz.

Y la comunicación fue cortada.

Johnny sintió una tirantez rara en la boca del estómago. Colter se negaba a hablar con él. Era un síntoma más.

¿Un síntoma de qué?

Colgó violentamente el aparato y salió de la cabina. Hundido en el caos de sus pensamientos, absorto, ajeno al bullicio que le

rodeaba, al hormigueo vital de aquella noche de verano, anduvo Broadway abajo camino de su hotel. Le habían cortado la última vía de escape. Sabía muy bien que no podía engañar a Colter ni dejar sus órdenes incumplidas; que desencadenaría sobre su cabeza el infierno si abandonaba la partida y no volvía a Miami con la muchacha. Pero ¿cómo volver? ¿Secuestrándola acaso?

—¿Por qué no?

Entró en el hotel. Su mente estaba tan lejos, tan ajena a la realidad inmediata que tardó unos momentos en observar que el empleado de recepción le entregaba, con la llave, un pliego de papel.

—¿Para mí?

Era una nota de aviso telefónico. Decía que la señorita Smith había llamado indicando que necesitaba verle urgentemente. Le esperaba en los Apartamentos Neptune, calle Hanson, Greenwich Village.

Johnny se encontró de pronto completamente despierto.

—Gracias, la llave no. Vuelvo a salir.

¡Algo había ocurrido! ¡Algo concreto al fin! Nancy Doll no le habría llamado en vano. Había prometido hacerlo si recordaba alguna cosa que contribuyese a esclarecer la situación. Esto era.

Le costó unos minutos encontrar un taxi que le llevase a Greenwich Village. Durante el largo trayecto procuró, recostado en el asiento, serenar sus nervios y no pensar en nada, pero le fue imposible. Se sentía abrazado por la ciudad, preso en sus tentáculos. Nunca, en ningún momento de su inquieta vida, habían sido mayores sus ansias de libertad; y nunca había tenido ésta tan fuera de su alcance.

El edificio de los apartamentos «Neptune» había sido levantado después de la guerra. Su planta tenía forma trapezoidal, y la entrada, en la calle Hanson, estaba adornada con arriates y macizos de flores.

Johnny comprobó en el cuadro correspondiente cuál era el apartamento de Nancy y oprimió el botón del timbre. El mecanismo debió de funcionar en silencio, pues, al tentarla, halló la puerta abierta sin haber oído el zumbido indicador.

Era en el tercer piso; la sexta puerta, que estaba abierta también, sólo ajustada. Dentro sonaba música. Johnny llamó con los nudillos,

así la manija, empujó la hoja y entró.

Además de la música, que procedía de una radiogramola, se oía otro rumor más apagado: el de una ducha. No se veía a nadie. El lugar estaba amueblado decorosamente, pero sin gusto. Un hogar simulado constituía el punto clave de la pieza, con un bar a un lado y un diván a otro. Sobre éste había varias prendas de vestir abandonadas con descuido; un chal, unas pequeñas cosas de nylon azul celeste. Sobre una mesa, ante el diván, un vaso, una botella de cerveza y un plato con un trozo de pastel.

En el aire flotaba un perfume que Johnny reconoció como el de Nancy, aunque mezclado a un olor raro, ligeramente acre, que no supo identificar.

Aproximándose a la puerta tras de la cual se oía la ducha, dijo:

—¡Soy Rush!

No obtuvo respuesta.

—¿Me oye, Nancy? ¡Soy Rush!

La ducha continuó funcionando regularmente.

Johnny encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Fue entonces, al aspirar las primeras bocanadas de humo, cuando su memoria le dijo cuál era el olor acre que al principio no había identificado. ¡Algo como un relámpago surcó las tinieblas de su mente, induciéndole a abrir de un empujón la puerta que tenía ante sí!

Era la puerta de un pequeño dormitorio, cómodo y alegre, cuyas luces, como las del cuarto de estar, aparecían encendidas. La cama había sido preparada para la noche, y sobre ella se veía un camisón de nylon blanco. A la derecha había otra puerta. Abierta. De ella salía el rumor de la ducha.

Johnny sabía ya lo que iba a encontrar, si bien su conciencia se sublevaba contra la realidad de los hechos: el olor acre era olor a pólvora; una de las formas del olor a muerte...

Atravesó el dormitorio y se asomó por la puerta abierta.

Nancy Doll yacía hecha un ovillo bajo la ducha, que caía con mecánica indiferencia sobre su cadáver. Estaba muerta y bien muerta. Johnny se agachó a su lado, la tocó, la halló caliente, como viva, pero era sólo porque el agua tibia conservaba artificialmente su calor. Cerró la llave de paso. Entonces vio que la muchacha tenía un gran orificio de bala justo en el sitio del corazón. Esto era, pues,

lo que había de ocurrir. En esto desembocaban los tortuosos preparativos de Colter.

¡Pobre chiquilla idiota, tan segura de sí misma, tan ciega, tan insensata! No se podía jugar con Tony Colter. ¿Arrancarle una promesa de matrimonio y reclamar una indemnización de medio millón de dólares si la rompía? ¡Qué ridículo sueño!

Allí estaba.

Johnny se enderezó y miró en torno. Debajo del banquillo esmaltado de blanco descubrieron sus ojos la forma ominosa de un revólver de grueso calibre. No esperaba ver aquello. Sin que supiera exactamente por qué, la sensación de peligro que experimentaba se agudizó hasta hacerse asfixiante. No podía ser. Si Colter había ordenado la comisión de aquel crimen, debió de encomendarlo a un profesional. Ningún profesional abandona el arma en el escenario de su trabajo.

Se inclinó y cogió el revólver.

Llevaba un silenciador acoplado.

¡Pero aquel Revólver! ¿Qué tenía? Su peso, su tacto, ¡todo!

Lo soltó como si quemara, y el arma cayó al suelo con seco ruido. ¿Había sido sugestión? ¡Nervios! ¡Debía rechazar la idea!

Maldiciéndose, levantó de nuevo el revólver y lo examinó con mayor atención. Ahora ya no le cupo duda: recordaba el número, y el número estaba allí. Seis años antes, aquel revólver había sido suyo.

Estaba atrapado. ¿Por qué había Colter hecho aquello? ¿Por odio? ¿Por vengar una secreta afrenta? No podía explicárselo. En aquellos instantes de desesperada lucidez pasó mentalmente revista a su vida sin encontrar un motivo. Había sido juzgado y condenado sin que nadie le hubiera dicho siquiera qué delito cometió.

¿Nadie?

Aquella vida suya estaba manchada. Existía un delito que no había pagado. Era Dios, no un canalla como Colter, quien debía condenarle por ello, pero ¿podía protestar? ¿Con qué derecho? Los caminos de Dios son inextricables, y ante Él ningún delito queda impune.

Era grotesco, pero era así. Las deudas se pagan. Durante seis años había él tratado de olvidar la suya. ¡No tenía derecho!

Por primera vez en aquellos seis años pronunciaron sus labios un

nombre:

—Betty.

Los recuerdos dolían como pedradas. Aquel mismo revólver había saltado en su mano, tronando su sentencia de muerte. Betty le había mirado a los ojos. El otro, el lagarto grasiento, Joe Sulpicio, se retorció, más de dos horas en la agonía. ¿Tuvo acaso derecho a hacer aquello?

¡Aquel mismo revólver! ¡Y había esperado olvidar!

¿Qué fue entonces del arma? No lo sabía. Nunca se había preocupado. Ahora comprendía que debió de pasar a poder de Tony Colter, ocupado en escamotear evidencias para protegerle y protegerse a sí mismo. Dios quería que, al cabo de seis años, Colter la hiciera reaparecer.

El camino de Dios.

Los dedos de Johnny, crispados sobre el revólver, se distendieron. Sacudió la cabeza. No tenía noción del tiempo que había pasado inmóvil en el pequeño cuarto de baño lleno de vapor de agua, con el cadáver de Nancy a sus pies, pero un aviso de sus sentidos le arrancó de su abstracción con brusquedad.

Desde la calle, dominando la música que sonaba en el cuarto vecino, llegaba el aullido de una sirena.

Se cerraba la trampa. Alguien había prevenido a la policía para que le cortase la retirada. ¿Pruebas? ¿Se necesitarían pruebas? Allí estaban él y su revólver; él y sus antecedentes de seis años atrás. No había ocultado que andaba en busca de Nancy. Se había exhibido generosamente en el «Smoky Club». Había recibido en el hotel un recado telefónico con el nombre y señas de la muchacha.

Esto era lo que sabía. Lo que no sabía ¿qué era? ¿Hasta qué extremo le comprometerían los hilos tendidos en la oscuridad por Tony Colter? ¿Qué otras evidencias secretas estarían a punto?

Johnny corrió al cuarto de estar, cuyas ventanas se abrían en la fachada de la casa, y miró a la calle. Llegaban. Se detenían ya. Dos coches policíacos, cuya meta era el edificio de apartamentos.

¿Habría otras pruebas preparadas contra él, en aquel lugar?

¡Ya no tenía tiempo de averiguarlo!

Febrilmente inspeccionó la repisa de la fingida chimenea, el diván, el bar, la biblioteca, la radiogramola. Nada. Era infantil suponer que encontraría alguna cosa. En el diván, cubierto por el

chal, descubrió el bolso de Nancy, que abrió con dedos torpes. ¡Nada!

Pero, revueltos con los pequeños objetos qué cualquier mujer lleva consigo, el bolso contenía las llaves de un coche. Johnny pensó en ellas cuando ya lo había arrojado y se dirigía a la puerta del apartamento. Volvió atrás de un salto y las cogió. ¿Por qué no? La idea había estallado de pronto en su mente.

¡Huir! Un coche podía ser el trampolín hacia la libertad.

Al salir al pasillo oyó que subía el ascensor. Corrió a la escalera. Segundo piso. Primero. ¡No, no, estaba loco! No escaparía por allí. Habría un retén de agentes vigilando el vestíbulo y sólo conseguiría precipitarse en sus brazos.

Avanzó por el pasillo del primer piso en dirección a la parte trasera de la casa, confiando en hallar una ventana que comunicase con la escalera de incendios. Halló la ventana, pero no la escalera. ¿Y qué? La altura sería poca. Tenía franco el paso si la policía no había aún rodeado el edificio.

Levantó sin dificultad la guillotina de la ventana y se descolgó al exterior. Esperaba oír la señal de un silbato de alarma. No la oyó. Contuvo el aliento y se dejó caer en las tinieblas.

Momentos después marchaba cautelosamente por el jardín posterior de la casa. Ningún obstáculo había interceptado su camino, y su corazón latía con violencia ante la posibilidad cada vez más concreta de salir con bien del trance.

Así alcanzó el objetivo que se había propuesto: el parque de estacionamiento situado al fondo del jardín, en la calle perpendicular a Hanson. Calculaba encontrar allí el coche cuyas llaves tenía en su poder. Había previsto la posibilidad de tener que probar las llaves en un vehículo tras otro hasta dar con el apropiado, pero la suerte le acompañó también en esto haciendo su tarea mucho más fácil. La primera mitad del parque, como en otros de su especie, estaba dividida en compartimientos reservados para los inquilinos del edificio. En el correspondiente al apartamento de Nancy Doll había un lindo «Thunderbird» blanco.

Probó las llaves. Correcto.

Se sentó ante el volante, encendió las luces, demarró y abandonó el parque. Con un suspiro de alivio se alejó en dirección contraria a la calle Hanson; se alejó de los coches policíacos y de la trampa de

que tan a duras penas había conseguido librarse...

Durante mucho rato vagó por la ciudad, tranquilizándose y poniendo en orden sus pensamientos. Estaba a salvo, pero no se hacía ilusiones. Había sido agente de policía. Sabía cómo operaba ésta, cómo tendía sus redes y movilizaba sus recursos. Suponiendo que las pruebas contra él se limitaran, a las que conocía; es decir, que Colter no le hubiera ocultado parte de su juego, la Brigada de Homicidios tardaría unas horas en localizarle. Ahora bien, que le localizaría era seguro. Debía apresurarse a aprovechar el plazo de que disponía. A ser posible, debía prolongar dicho plazo.

Tenía que luchar, y los minutos eran preciosos. Vencida la impresión que le había causado hallarse ante el cadáver de Nancy, comenzaba a ver las cosas bajo distinta luz. Estaba libre, era dueño de sí mismo. Y lo más importante de todo: el asesino de la muchacha le mostraba un lado bueno, que era la posibilidad de borrar la mancha de su vida remediando un daño a cambio del daño que causó. No sería fácil. Nunca es fácil cumplir la penitencia correspondiente a un gran delito.

La mejor manera de prolongar el margen de tiempo que la investigación policíaca le dejaba era morir. Morir aparentemente. Morir oficialmente. Y cuanto antes.

Johnny dirigió el coche hacia la West Side *Express* Highway. Una vez en ésta dio gas a fondo. Atravesó el Hudson por el puente de George Washington y se lanzó a una carrera loca por la autopista de Connecticut.

Una carrera hacia la muerte.

Todo había comenzado cuando, apoyado en el mostrador del bar donde solía hacer su rutinario almuerzo —en Bear Plain, en otro mundo—, captó la mirada de los grises ojos de Alan Jaspers. Sólo Dios sabía cómo terminaría ahora.

CAPÍTULO VII

El teniente Squint Davies desenvolvió cuidadosamente una pastilla de chicle, se la metió en la boca y comenzó a mascar. Extendió sobre su escritorio seis fotografías para que las viese Pearson, delegado de la oficina del fiscal. Retrocedió hasta la ventana.

Pearson murmuró:

—Pobre chica. ¿Qué tendría contra ella el bárbaro que la liquidó?

Cuatro de las fotos mostraban el cadáver de Nancy Doll. Una, el cuarto de baño de su apartamento, con una indicación del lugar que el cuerpo había ocupado. La sexta era la foto de una bala.

Sin decir palabra, el teniente extendió el brazo a lo largo de la pared y movió una de las varias clavijas de un cuadro fijo en el muro. Una voz grabada en cinta, magnetofónica brotó de un altavoz invisible.

—«¿Nombre y profesión?

Otra voz, cansada, más débil, dijo:

»—Ulysses Thomas Pinkerton, agente de espectáculos.

»—¿Era usted el agente de la señorita Smith?

»—Sí, desde que vino a Nueva York por primera vez. Agente y buen amigo. A su regreso le conseguí un contrato en el “Smoky Club”. Era...

»—¿A su regreso de dónde?

»—De Miami. Había pasado allí cuatro meses.

»—¿Trabajando?

»—Al principio. Luego... Bien, tenía intención de casarse.

»—¿En Miami?

»—Sí. Con un hombre rico: Anthony Colter. Pero él rompió el compromiso, y ella regresó a Nueva York la semana pasada. Se proponía demandarle por incumplimiento de promesa. Tenía

derecho, creo yo.

»—¿Cuándo...?

Squint Davies desconectó el aparato.

—Ese Pinkerton a quien ha oído —dijo—, parece ser el único amigo que la muchacha tenía en la ciudad. La vio anoche por última vez en el «Smoky Club», donde iba a cenar, cosa que no hizo porque su esposa sufrió una repentina indisposición. Nancy Smith le llamó más tarde por teléfono diciendo que tenía algo importante que contarle. Quedaron citados para las once de la mañana de hoy. Pinkerton ignora qué era lo importante, pero asegura que la chica parecía preocupada... ¿Usted sabe —preguntó súbitamente el teniente—, en qué consistía la indisposición de *Mrs.* Pinkerton?

—No tengo idea.

—Un ataque de nervios. Celos. Celos malsanos provocados por el interés que Nancy Smith despertaba en su marido. No —Squint Davies extendió las manos al advertir que el agente de la fiscalía fruncía el entrecejo—, no hay nada que hacer por ahí. Erika Pinkerton permaneció postrada en cama y no salió de casa en toda la noche. Tampoco su marido, a no ser que lo hiciera burlando la vigilancia de la enfermera que ha estado de guardia allí hasta esta mañana. La única posibilidad viene de otra parte.

—¿De Miami? —aventuró Pearson.

—Exacto. De Miami y Tony Colter. Apuesto a que no sabe usted quién es Colter; ni yo lo he sabido tampoco hasta haber recibido el informe que me apresuré a pedir. Léalo.

Era un informe telegráfico. Pearson tomó la hoja en que estaba redactado, y leyó:

«Anthony Colter gravemente enfermo en sus habitaciones del “Biscayne Excelsior”, hotel de su propiedad. Relacionado cantante Nancy Smith, rumores matrimonio hasta que ella abandonó Miami. Colter posee tres hoteles, una cadena de *night-clubs aquí y en Palm Beach. Durante muchos años se supone ha controlado la explotación del vicio en este Estado. Cinco procesos por diversas causas, cinco absoluciones falta pruebas. Decisiva influencia política, protector Gobernador y alcalde Miami: es hoy ciudadano prominente*».

—Cinco procesos, y cinco absoluciones —comentó el agente—. Un tipo de cuidado, ¿no?

—Ese informe procede de la policía federal —dijo Davies, asintiendo—. Lea el de la policía de Miami y comprenderá hasta qué punto es de cuidado el tipo. Pearson leyó:

«Anthony Colter, destacada personalidad de los negocios locales; presidente del Club Cívico, fundador de las Compañías Benéficas, secretario de la Liga Antialcohólica, de la Sociedad de Redención, del Movimiento del Progreso Humano, protector de la Casa del Artista. Rumores matrimonio con señorita Nancy Smith, de Nueva York, no confirmados».

—Muy expresivo. Al hablar de «decisiva influencia política», los federales no se han quedado cortos. Es una pena, teniente, que las cosas sean así, pero no tienen remedio.

Squint Davies mascaba chicle furiosamente.

—Conozco el paño, no se preocupe: en Nueva York tenemos buen surtido de ciudadanos prominentes de esa clase. Uno se codea con ellos en los sindicatos, en las recepciones del gobernador o en los agasajos del alcalde, y agradece con una sonrisa el cheque destinado a nuestro Colegio de Huérfanos. Dígale al fiscal que Nancy Smith estuvo comprometida en matrimonio con Tony Colter, que éste quebrantó la promesa, según Pinkerton, y que la chica pensaba demandarle; que el fiscal saque las conclusiones oportunas.

—¿Eso es todo?

—No.

El teniente movió otra clavija del tablero.

«—Informa Bill Jones —dijo otra voz—. Nancy Smith poseía un “Ford Thunderbird” blanco, modelo cincuenta y seis, matrícula de Nueva York, que ha desaparecido. Un coche de estas mismas características fue visto en la Ruta Ciento Dos, dirección Connecticut, y denunciado por exceso de velocidad, sin que se haya tenido noticias de las patrullas de servicio en la citada carretera. Hora de la denuncia: dos veinte madrugada. Margen suficiente para suponer que el asesino huyó en dicho automóvil después de cometido el crimen».

—¡El asesino! —exclamó Pearson—. ¡Pero esa pista es excelente! ¿Qué pasó con el coche?

La cinta magnetofónica volvió a hablar:

«—Informa Bill Jones. El “Thunderbird” blanco se ha despeñado e incendiado en una curva de la carretera de Rockwell, Connecticut, a tres millas de esta población. No ha sido hallado el conductor. Parece que no está entre los restos del coche, pero no puede asegurarse todavía».

—Eso ocurriría alrededor de las tres —dijo el agente—. ¿Puede asegurarse ya? Son las nueve y media de la mañana.

—No estaba entre los restos. He enviado a dos de mis hombres para que colaboren con la policía de Connecticut en la batida que se está dando por toda la región.

—Es decir, que el pájaro ha volado. Y ese coche, ¿es realmente de Nancy Smith? ¿Se ha comprobado?

—En la medida de lo posible. Lo es, esté seguro.

Hubo un silencio.

Puesto que el teniente no decía nada, Pearson se levantó para marcharse. Preguntó aún:

—¿Tiene idea de quién pueda ser ese individuo?

La respuesta le sorprendió:

—Sí.

—¿Cómo?

—Naturalmente que tengo idea —dijo Squint Davies con brusquedad—. Por lo general, las pesquisas rutinarias no dan resultado ninguno. En este caso lo han dado. Escuche.

Conectó otro grabador magnetofónico.

«—Informa el sargento Dell. Los muchachos encargados de los hoteles han encontrado algo importante. Un huésped del “Traymore Terrace” ha recibido esta madrugada aviso telefónico de una tal señorita Smith diciendo que necesitaba verle urgentemente y le esperaba en los Apartamentos Neptune, calle Hanson, Greenwich Village. El nombre del huésped es John Rush. Se ha inscrito como procedente de Bear Plain, Tennessee».

Davies cortó.

El agente volvió a sentarse y soltó ruidosamente el resuello.

—Le felicito, teniente. John Rush, de Bear Plain, Tennessee. Pero ¿quién es?

—El jefe de la sección Cuentas Corrientes de la sucursal del «Hoover y West Tennessee Bank» —respondió tranquilamente el policía.

—¿Qué?

—Llamé a Bear Plain a primera hora. Es una población pequeña, donde todo el mundo se conoce. He hablado personalmente con el *sheriff*. Rush reside allí desde hace seis años y disfruta de inmejorable reputación. Vive entregado a su trabajo. No bebe, no tiene vicios. Es un tipo pacífico y solitario, de unos treinta años de edad. En la actualidad se halla ausente. Solicitó de improviso una licencia, que el Banco le concedió en atención a sus merecimientos. Alegó razones familiares. Fue visto el día de su partida en compañía de un forastero que se inscribió en el «Cottage Hotel» como John Brown, de San Luis. El nombre, o por lo menos la localidad de residencia, son falsos; o digamos que pueden serlo. Muchos repararon en que el coche del supuesto John Brown llevaba placa de Miami, Florida.

—¡Júpiter! ¿Le ha dicho el *sheriff* todo eso?

—Sí.

Los ojos de Pearson centelleaban.

—Otra flecha que apunta a Miami.

—En efecto.

—Bien, ¿qué más guarda usted en su caja de sorpresas?

Davies se aproximó a su escritorio, tomó unas hojas mecanografiadas y les echó una rápida mirada. Dejó de mascar.

—Un hombre cenó anoche en el «Smoky Club», donde, como usted sabe, actuaba la muchacha. Preguntó por Pinkerton, quien debía también cenar allí, pero se había ausentado precipitadamente al serle comunicada por teléfono la indisposición de su mujer; luego envió recado a Nancy Smith invitándola a su mesa, y pidió champaña. Nancy no aceptaba invitaciones. Ésta la aceptó. ¿Quiere saber de qué recurso se valió el desconocido para atraerla?

—¿Lo sabe usted?

—Mis hombres han trabajado a los camareros, y uno de éstos tenía mucho que contar. El sujeto le encargó decirle a Nancy que llevaba una foto olvidada por ella en un hotel de Miami. Era verdad. El camarero vio la foto cuando servía el champaña.

—¿Olvidada en un hotel de Miami?

—Sí; y el informe del F.B.I., indica que Anthony Colter está enfermo en sus habitaciones del «Biscayne Excelsior», un hotel de Miami que le pertenece...

—No pensaba otra cosa, teniente. Pero ¿era John Rush el hombre del «Smoky Club»?

—La descripción del camarero coincide con la que de él nos han dado en el «Traymore Terrace», y también con la del *sheriff* de Bear Plain.

—¡Júpiter! —repitió Pearson, excitado—. ¿Qué pasó durante la entrevista de Rush y Nancy?

—Nada de particular. Hablaron un rato, quizá con excesiva vehemencia. Nancy no probó el champaña. Se retiró transcurrido algún tiempo, y enseguida el hombre pagó y se marchó. Es la declaración del camarero.

—¿Y la foto?

—Quedó en el camerino de la chica.

Pearson miraba al policía fijamente.

—Supongo que había usted difundido la descripción de Rush y pedido orden de arresto contra él.

—He hecho eso y más. Mis hombres han encontrado huellas dactilares muy interesantes en el apartamento de Nancy. Espero de un momento a otro un informe sobre ellas del F.B.I.

—¿Saben los Federales lo de Rush?

—Sí.

—¿No han dicho nada?

—Todavía no.

El agente consultó su reloj.

—Aguardaré. Al fiscal le gustará tener los últimos datos.

Aguardó.

Los últimos datos llegaron a las diez y cuarto. Informaba el F.B.I., que las huellas sometidas a su examen pertenecían a John Kelland Rush, nacido en Nueva York el 14 de mayo de 1930, procesado en Miami en 1952 por doble homicidio y absuelto por falta de pruebas.

Inclinados sobre las tiras de radioteletipo, Pearson y Davies leyeron de consuno la breve historia de aquel proceso, Rush era un buen oficial de policía, adscrito, a la Brigada del Vicio del Departamento de Miami. Trabajó relaciones con una modelo llamada Betty Stanley, relaciones que terminaron con la muerte de Betty y de un notorio *gánster* conocido por Joe Sulpicio, alias «Joe Donatello», alias «Franco Dini», acribillados ambos a balazos en la

cabina de un hotel. Rush fue detenido a raíz de ello, pero su culpabilidad no se pudo demostrar de manera convincente y el jurado le absolvió. Abandonó entonces su puesto en la policía y se marchó de Miami para no volver.

—Miami —murmuró Pearson—. Destacada personalidad de los negocios locales y presidente del Club Cívico... Apuesto a que la falta de pruebas se llamaba Tony Colter. Recompensa por los servicios prestados...

Davies había soltado las tiras y tenía en la mano una foto.

—Un expolicía.

—¿Qué?

La foto pertenecía a la serie de seis tomadas en el apartamento de Nancy Smith. Correspondía a la bala que el médico forense extrajo del cadáver de la joven.

—Calibre treinta y ocho, probablemente un «Smith and Wesson». El arma de un oficial de policía.

—¡Rush es nuestro hombre! —dijo vivamente Pearson—. ¿Acaso en el proceso de Miami no llegaría a demostrarse que fue su revólver el que disparó? ¿Formaría esto parte de la falta de pruebas?

—No lo sé.

—Haga usted confrontar esta bala con las que mataron a la modelo y al otro tipo seis años atrás. Seguro que habrá sorpresas.

Davies arrojó sobre la mesa la foto.

—No lo sé —repitió, ceñudo.

—¿Qué le pasa a usted?

El teniente se encogió de hombros.

—Dos cosas me preocupan, Pearson: Por experiencia propia, no por haberlo leído en antiguos historiales, ¿conoce usted algún caso en que un asesino haya sido identificado por las huellas dactilares que dejó en el lugar del crimen? ¿Cree usted en la eficacia de la dactiloscopia? ¿Puede creer en ella, sobre todo siendo el presunto asesino un expolicía?

—Las huellas estaban allí...

—Sí, perfectamente claras: en las manijas de las puertas, en el cuarto de baño, en el cuarto de estar. Sabe usted tan bien como yo que las huellas nunca están claras. A no ser, naturalmente, que los objetos donde aparecen hayan sido previamente limpiados.

Pearson no dijo nada por un momento. Luego preguntó:

—¿Qué otra cosa le preocupa?

—La manera cómo el «Thunderbird» blanco llegó al lugar donde se despeñó, cerca de Rockwell. Acababa de salir de Nueva York cuando se difundió la alarma contra él. Había cuatro o cinco coches patrulleros en el trayecto que recorrió hasta allí. ¿Cómo es posible que burlara su vigilancia? ¡Qué distinto sería todo si no la hubiera burlado! ¿Cómo es posible?

El agente de la Fiscalía no podía explicarlo.

Los dos hombres que sí podían estaban a aquella hora francos de servicio. Su coche patrullero descansaba en el parque policial de New Haven. Ellos se regalaban con una cerveza fresca en un bar de la avenida Cuatro de Julio. Ambos sabían que la mayor parte de sus compañeros se hallaba efectuando una batida por los alrededores de Rockwell; sabían el motivo de aquella batida, y el saberlo no les resultaba agradable.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió el más joven—. Era un asesino, Pat. Precisamente un asesino.

El viejo miraba por la ventana. Dos mujeres discutían en la calle. Eran jóvenes y vivarachas. Su mirada las estudió de pies a cabeza y de cabeza a pies; se detuvo en los puntos más interesantes; regresó finalmente al interior del bar, apagada por un velo como de nostalgia.

El policía viejo suspiró.

—¿Qué haremos? —repitió—. Pues gastarnos su propina en cerveza. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Uno tiene derecho a sus ratos de expansión de vez en cuando...

El joven, se pasó la mano por la frente. Sudaba.

—¡Dios, qué calor! —murmuró.

Y halló en la cerveza sabor de acíbar.

CAPÍTULO VIII

Dos días perdidos.

Cuarenta y ocho horas de hastío, calor e incomodidad, que probablemente no servirían para nada.

Johnny Rush mudó de posición en su lecho de arena. Estaba tendido boca abajo en la playa, entre las dunas sembradas de mimbres, en el mismo lugar donde había pasado casi enteros los dos días transcurridos desde su regreso a Miami. El viaje desde Rockwell, Connecticut, había sido una batalla contra el tiempo. Minuto tras minutos aumentaba el peligro. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Cuánto tardaría la policía de Nueva York en identificarle? Siempre así, minuto tras minuto. Dos mil kilómetros. Diez Estados. Autobús, ferrocarril, avión, autobús, avión de nuevo. ¿Hasta dónde llegaría la alarma? ¿Hasta dónde su descripción, su prontuario, su foto? ¿Encontraría esperándole en Miami un destacamento de detectives? No.

Como ocurrir, nada había ocurrido. Nadie le esperaba. Tuvo tranquilidad para llevar a la práctica sus sencillos planes. Compró un viejo «Nash», unos prismáticos, un parasol. Eligió entre las dunas un observatorio que le permitiera vigilar el «Biscayne Excelsior», y allí se instaló, vistiendo solamente *shorts y camisa, con el coche a corta distancia y los prismáticos enfocados hacia el hotel.*

Dos días.

Una vez el primer día, dos el segundo, había hecho la policía acto de presencia en el hotel. La primera visita fue larga; las dos siguientes, breves. No habría sido difícil, pensó Johnny, relacionar a Nancy Smith con Tony Colter. Pero ¿algo más? Tres vistas: tres veces un coche del Departamento estacionado ante el edificio. ¿Pesquisas formularias?

No era esto lo que le interesaba.

Tampoco le interesaba ver a Colter, y no le vio, ni esperaba

verle.

Esperaba ver a Alan Jaspers.

El hombre de los ojos grises se dejó ver con relativa frecuencia. Pasaba casi todo el tiempo en el hotel, pero salió en algunas ocasiones; y siempre que él salió abandonó Johnny su observatorio, corrió al «Nash» y le siguió a dondequiera que fuese.

De Jaspers dependía la segunda parte de sus planes.

Así había perdido dos días. Jaspers fue al centro de la ciudad, realizó unas diligencias, unas compras, unas visitas. Cada una de sus salidas terminó con el regreso al hotel sin que Johnny encontrase ni remotamente la ocasión que buscaba.

Vuelta a empezar: la playa, el parasol, los prismáticos. Comer unos sándwiches secos, beber una lata de cerveza tibia, dormir en el coche de madrugada, darse un baño en el mar cuando apretaba el calor.

Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve horas...

Al término, de la hora cincuenta cambió todo.

Alan Jaspers salió nuevamente del hotel.

Ahora no se encaminaba al centro de la ciudad. Johnny sintió que su corazón saltaba de esperanza al advertir que su lujoso automóvil tomaba por Long Beach Drive, paralelamente a la playa. Una idea acudió a su mente. Si se mantenía en aquella ruta, Jaspers le conduciría a un lugar ideal para lo que proyectaba: la cabaña de pesca que, seis años antes, Colter poseía en la solitaria caleta conocida por Cutlass Cove. Era mucho suponer, pero ¿por qué no?

Johnny condujo el «Nash» con mano firme.

Quedó atrás la bahía. Quedó también atrás Sunny Point.

Ya no cabía duda ninguna: Jaspers había abandonado Long Beach Drive por una desviación al noroeste. Si no se dirigía a Stout Harbor, su meta era Cutlass Cove.

Johnny recordaba bien aquel camino que ascendía flanqueado por el mar y las colinas boscosas. Entre éstas, donde los árboles no eran demasiado espesos, se divisaba una llanura verde que no parecía tener fin. En el lado contrario cedía la playa su lugar a una porción de costa accidentada, cuyas rocas quebraban las olas con monótono ruido de chapoteo.

Alan Jaspers marchaba a no más de ochenta por hora. A Johnny no le preocupó momentáneamente perder de vista la trasera de su

automóvil, porque la carretera no tenía bifurcaciones en aquel tramo. Luego, al llegar a un puerto entre las colmas, se apartó a un costado de la calzada y se detuvo. Desde el puerto se dominaba buena extensión de país, se veía serpentear la carretera casi hasta Stout Harbor. A menos de tres kilómetros comenzaba el camino privado de la antigua propiedad de Colter.

El coche de Jaspers estaba a un kilómetro. Johnny lo siguió con los prismáticos. Captó incluso el destello rojo de sus luces de freno unos metros antes de la desviación, y enseguida el intermitente derecho. El auto viró hacia esta mano para tomar el camino. Se dirigía, pues, a Cutlass Cove.

No había prisa.

Johnny reemprendió la marcha y descendió tranquilamente hacia aquel lugar. Procuraba evocar el paisaje de los alrededores para saber de antemano dónde dejar el «Nash», porque la cabaña surgía después de un recodo casi por sorpresa y no había modo de acercarse a ella sin ser visto. En coche, naturalmente; a pie era otra cosa.

En seis años todo aquello había cambiado poco. A la gente no solía gustarle el paraje, demasiado abrupto, demasiado apartado de la ciudad, sin grandes playas, rústico y solitario. A Colter le gustó. En otro tiempo había sido un entusiasta de la pesca; en otro tiempo, cuando el dinero no le alcanzaba para comprarse un hotel y se veía obligado a pagar a plazos una simple cabaña edificada en el terreno más barato del distrito.

Cuando calculó que se había aproximado lo suficiente, Johnny sacó el coche del camino y lo ocultó entre los sauces de una hondonada. Continuó a pie, dando un rodeo, tomando un sendero que se colaba entre la red cada vez más tupida de árboles, siempre hacia abajo.

La cabaña surgió ante él. Estaba a un lado de la caleta, protegida por una mole de roca. La última vez que la vio había una lancha motora en su embarcadero. Éste se hallaba ahora vacío.

El mar entonaba en los rompientes su salvaje canción, vieja como el mundo. Una brisa salobre, húmeda de espuma, subía hasta Johnny, quien, maquinalmente, en un antiguo gesto nunca olvidado, llevó la mano al interior de su camisa y sacó el revólver que guardaba pegado a la piel.

El fastuoso automóvil de Jaspers estaba parado ante la cabaña.

Aun suponiendo que alguien vigilase desde las ventanas, no resultaba difícil acercarse si uno tomaba la precaución de caminar agachado y aprovechando los accidentes del terreno. Johnny, revólver en mano, lo hizo. Llegó en pocos instantes a dos metros de la fachada trasera de la pequeña construcción, y allí se detuvo para serenarse. Sentía un extraño calambre en todo el cuerpo. Sus dedos apretaban nerviosamente las cachas del arma; de la amiga perdida y recobrada seis años después. ¡Amiga traicionera! ¿Iba a última hora a abandonarle su presencia de ánimo?

Respiró profundamente.

Cubrió arrastrándose el corto trecho que le separaba de la pared y de la ventana abierta en ella. Oía silbar. Jaspers silbaba.

Johnny se restregó la palma de la mano contra el muslo para secarse el sudor. Luego levantó la cabeza y miró por un ángulo de la ventana al interior de la casita.

Jaspers silbaba de espaldas a él, muy cerca, sentado en una silla e inclinado para examinar el contenido del cajón de una mesa que tenía delante. Visto así, por detrás parecía, más calvo y más viejo.

Una pierna por encima del alféizar, en silencio, conteniendo la respiración... Johnny se apoyó con la mano izquierda y se dio impulso.

Algo le pasó a Jaspers. Se estremeció, silbó una nota falsa. Presintió lo que iba a ocurrir.

Pero antes de que se moviera le aplicó Johnny en la nuca el cilindro silenciador de su revólver.

—Vuélvete despacio, Alan.

Los ojos grises expresaban sorpresa, no miedo. Jaspers, envarado, forzaba una sonrisa. Tenía el revólver a diez centímetros de la cara.

—Hola —articuló.

—Gracias por las facilidades.

—Sí. No hay de qué, Johnny.

—No te muevas.

Jaspers tragó saliva.

—¿Añorabas estos lugares? Ahora son peligrosos para ti. Te pasaste de la raya en Nueva York.

—¡Vamos, Alan!

—¿Qué?

—Nos conocemos.

Johnny extendió la mano, le quitó a Jaspers la pesada pistola que llevaba en la funda axilar y se la guardó. Con ello cedió un poco la tensión de sus nervios. Retrocedió un paso y miró en torno.

La cabaña mostraba señales de abandono. Había polvo por todas partes. Habíanse marchitado y descolorido los trofeos de pesca, las cañas y aparejos, los grabados que adornaban las paredes.

Otras muchas cosas menos visibles se habían marchitado y descolorido en los seis años últimos.

—¿Te apetece un trago? —preguntó Alan.

Johnny sacudió la cabeza.

—No.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Hablar contigo.

La sonrisa de Jaspers se hizo menos forzada.

—Te has metido en un lío, ¿no? ¡Maldito idiota! ¿Qué te pasa? ¿Manía homicida? No pienses que Colter te va a ayudar, Johnny. Está furioso. A su modo le tenía apego a la chica, pudiste darte cuenta. No te perdonará...

Su frase terminó con el balbuceo quejumbroso de una blasfemia. El revólver de Johnny le había golpeado. La sangre le resbalaba por un carrillo. Palideció cuando se llevó la mano a la cara y sus dedos se mancharon de rojo:

Johnny dijo:

—Esto es para que empieces a tragarte los embustes. Estoy aquí para saber la verdad.

—¿Qué cuerno de verdad?

—Primero el motivo de que Colter se acordara de mí, precisamente de mí, cuando preparó su jugada.

—Ya te dijo él...

El revólver volvió a golpear.

—¡Cerdo! —gimió Jaspers—. ¡Esto lo pagarás caro, te lo aseguro!

—Segundo —prosiguió fríamente Johnny—, el motivo de que haya muerto Nancy Smith. Tercero, quién hirió a Colter, por qué, y cuál es la relación de sus heridas con la muerte de Nancy y conmigo. Cuarto, por qué me mintió Colter en nuestra entrevista del

hotel, incluso al darme el nombre de la muchacha. ¿Has comprendido, Alan? ¡Pues suelta enseguida el discurso!

Jaspers gemía aún:

¡Cerdo! ¡Maldito cerdo! ¡Hijo de perra!

El revólver le pegó en la boca, luego en un pómulos, y luego, cuando pretendió volver la cara, le partió una ceja. La sangre manó a chorros, le cubrió un ojo y descendió hasta su cuello, tiñéndole la camisa y la chaqueta. Johnny volvió a pegar una vez más, en caliente, con la punta de la lengua asomándole entre los labios.

—¿Has comprendido, Alan?

—Sí —jadeó Jaspers.

—¿Tienes suficiente?

—Sí. Para convencerme de que eres un...

Johnny dio un paso atrás y apretó el gatillo del revólver. Este produjo un estampido sordo, como una detonación ahogada por una almohada. El estupor se pintó en el rostro de Jaspers.

—¿Has... has disparado? ¿Me has herido?

—Tócate el brazo. No tardará en dolerte.

La bala le había desgarrado el brazo izquierdo unos centímetros por encima del codo. Jaspers pareció sorprenderse mucho al llevarse la mano a la herida y descubrir que ésta existía realmente. Se estremeció.

—Pero...

—¿Hablarás, Alan?

Hubo un silencio.

—Johnny —murmuró el hombre.

Su tono era ahora lastimero. Imploraba.

—¿Qué?

—Yo no sé una palabra de esa historia, Johnny. Tienes que creerme. No sé una palabra, te digo la verdad.

Johnny se inclinó hacia él.

—No tengo prisa. Si no te refresca la memoria mi próximo tiro, te la refrescaré el siguiente. Te he dado las gracias, ¿no? por las facilidades...

—¡Basta!

—Habla, Alan.

—¡Johnny, atiéndeme! ¿Acaso no mataste tú a la chica? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¿Empezamos de nuevo?

—¡Te lo juro, Johnny! Colter cree que tú la mataste. Dice que lo hiciste para vengarte.

—¿Vengarme de qué? Fue él quien, hace seis años, me sacó del embrollo.

—Y él quien te metió. Colter sabe que no te hubiera importado que te condenaran por aquello. Era otra cosa lo que te importaba.

—¿Qué cosa?

—Betty destrozó tu vida. Colter te la había enviado. Lo preparó todo para poder manejarte. Sabes que es verdad, Johnny... Él estaba ahora loco por esa muñeca, y tú lo notaste. ¡La has matado para vengarte! ¡No lo niegues!

Johnny frunció el entrecejo. Alan no fingía.

—Merecía que le hiciera eso, pero no lo hice.

Hubo un breve silencio.

—Entonces fue Charlie —dijo Alan a media voz.

—¿Charlie?

—¿Te has olvidado de Charlie Evello?

—Sí...

Jaspers murmuró un juramento.

—Era casi un niño entonces, pero ya tenía la mano alegre para la pistola. Si no me equivoco, antes de que tú echases a volar se había cargado a un negro y a uno que se llamaba Warren, o Wallace, o no recuerdo cómo. Colter... temía que esto ocurriese...

El rostro de Johnny se había ensombrecido.

—¿Temía que?

—Que Charlie matara a la muñeca.

—¿Por qué, Alan?

—¡Oh, es largo de contar! Entérate... Fue Charlie quien le metió las balas en el cuerpo.

—¿A Colter? Es decir, ¿no fue la chica?

—No.

Johnny bajó el revólver. ¿Largo de contar? Tony Colter le había mentado, por supuesto. Tenía que existir una compleja y enrevesada historia detrás del asesinato de Nancy.

Era falso que no recordase a Charlie Evello: la alusión a la muerte de Warren —éste era el nombre correcto—, le había devuelto la memoria. Seis años antes, Evello era un adolescente

podrido por el humo de la marihuana; un homicida precoz, nadie, carne de horca, simple basura. Trabajaba para Colter en el mercado de estupefacientes. ¿Se había acaso convertido en personaje importante? ¿Lo bastante importante como para acribillar a balazos a su antiguo patrón y quedar impune?

Johnny se volvió para mirar por la ventana. Dijo:

—Pero Charlie Evello...

No terminó la frase.

Un dolor lacerante, acompañado de un golpe seco, le hizo enmudecer. Fallaron sus rodillas y hubo de apoyarse en la pared para no caer de bruces. Le acometieron violentas náuseas.

Oyó la sarcástica risa de Jaspers.

—Has olvidado muchas cosas, Johnny.

Muchas cosas, ciertamente; entre ellas, que Alan Jaspers no se dejaba nunca sorprender. La pistola no era su única arma. Siempre había llevado consigo, en una funda sujeta a su pantorrilla izquierda, un cuchillo arrojadizo de larga, estrecha y afilada hoja. La idea de que en aquel momento tenía la hoja clavada en la espalda dio a Johnny ganas de vomitar.

Se recobró con enorme esfuerzo.

Cuando se volvió y amartilló el revólver, Alan había escapado de la habitación y abandonaba la cabaña por la puerta principal. Quiso seguirle y no pudo. Todo bailaba y giraba. Su estómago se contraía y distendía en espasmódicas convulsiones.

Llevándose la mano a la espalda, consiguió atenazar el mango del cuchillo entre los dedos. Tiró de él con todas sus fuerzas. El dolor agónico le hizo gemir, se le nubló la vista, pero no se arredró.

Se encontró repentinamente postrado de hinojos, llorando y vomitando. Lo había logrado: a su lado, en el suelo, estaba el cuchillo bañado en sangre; aunque arrancárselo le hubiera costado desmayarse, allí estaba.

Respiró profundamente.

¿Por qué habría sido tan incauto? ¿Por qué le habría dado la espalda a Jaspers?

Se enderezó y atravesó la cabaña tambaleándose. Desde la puerta pudo ver a su enemigo, quien, en lugar de detenerse a tomar el coche, corría camino arriba por el borde de las rocas. Levantó el revólver. Disparó dos veces consecutivas antes de desplomarse

nuevamente al suelo.

Alan Jaspers corría aún.

Era el fin. Johnny sabía lo que iba a ocurrir: la policía, la cárcel, la impotencia para esclarecer el asesinato de Nancy y devolverle a Colter golpe por golpe; todo ello si no conseguía detener al fugitivo.

Una niebla rojiza se extendía ante sus ojos, y Jaspers estaba más allá. Huía. Daría la alarma.

Reunió todas sus fuerzas. Empuñó el revólver con ambas manos. Desde el suelo, tendido de costado, apretó el gatillo hasta que se quedó sin munición.

Le pareció oír un grito. La niebla, de pronto, semejó rasgarse, y en el claro, a plena luz, nítidamente, vio a Jaspers caer al vacío desde lo alto de las rocas, como un muñeco, cabeza abajo, y estrellarse en los peñascos que las olas cubrían de espuma.



Vio a Jasper caer al vacío

4 • VIDA

Estaba hecho.

Johnny se sintió infinitamente débil. Por un instante tuvo conciencia de su fracaso; dos días enteros acechando a aquel hombre, buscando hablarle, para al fin matarle sin haber averiguado la verdad.

Luego ya no hubo conciencia de nada.

CAPÍTULO IX

Había una ventana pequeña, quizá de un metro de anchura por sesenta centímetros de altura. Tenía unas cortinas de cretona estampada[2], colgantes, que impedían ver el exterior, aunque no interceptaban el paso de la luz.

Flotaba en el aire un olor extraño.

Desconcertado. Johnny tentó con la mano en derredor. La pared que halló tenía un tacto como de materia plástica, duro y limpio.

Una voz de hombre, muy próxima, dijo:

—Pues no la ha palmado. Se mueve.

Los ojos de Johnny iniciaron la exploración del lugar partiendo de la ventana, que era lo primero que los había atraído. ¿Dónde estaba? El recinto, de forma rectangular, aparecía dividido en minúsculos compartimentos por tabiques transversales de madera plastificada. Había unas literas, en una de las cuales, se encontraba tendido el propio Johnny. ¿Era el interior de un pequeño buque?

No. No se notaba el balanceo del mar.

—¿Así que todavía te queda sangre? —añadió la voz de hombre—. Puedes agradecérselo a Ellen. Es toda compasión...

El hombre estaba de pie junto al primer tabique. Vestía camisa a cuadros y *blue-jeans* de tejido, y se tocaba con un feo sombrero de lona de alas onduladas.

Johnny entornó los párpados.

¡Aquella cara!

Guardaba el recuerdo de aquella cara en alguna parte de la memoria. ¿O no era la misma?

Tenía que serlo, aunque sus rasgos semejasen ahora reflejados en un espejo deformante. Una cosa rara: la cara de un niño viejo; arrugas en torno a los malignos y hundidos ojos, surcos amargos en la comisura de la boca, cansada y marchita la frente. Y, sin embargo, la cara de un niño.

Imposible.

Alan Jaspers le había hablado de aquel hombre. Era Charlie Evello.

Johnny se humedeció los labios con la lengua.

—Cuánto has cambiado, Charlie —articuló.

—¿Pero me reconoces?

—¿No estoy soñando?

—No.

—Alan te mencionó. No te hubiera reconocido si él no me hubiera hecho pensar en ti.

Evello volvió la cabeza para mirar un momento atrás. Luego sonrió. Le faltaban algunos dientes; tenía los restantes largos, caballunos, negruzcos. Su sonrisa daba a un tiempo lástima y asco.

—¿Qué dijo Alan de mí?

—Que habías matado a la chica de Colter en Nueva York.

Los malignos ojos centellearon.

—¿Le creíste?

—¿Por qué no? No fue Colter. Él la quería.

La repulsiva sonrisa se acentuó.

—Fuiste tú.

Johnny guardó silencio. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba allí, donde quiera que fuese? ¿Cómo había llegado?

Por primera vez desde que la visión de la ventana y sus cortinas le había devuelto la noción de la realidad intentó mudar de posición en la litera. El resultado del intento le llenó de angustia: una tremenda punzada de dolor en la espalda, una ola de sudor frío y una sensación de espantosa debilidad que le puso al borde del desmayo. Le zumbaron los oídos. Se abandonó, se dejó ir con un gemido, exhausto, sin haber apenas conseguido moverse.

No en vano le había preguntado Evello si todavía le quedaba sangre.

—¡Fuiste tú, Rush!

Evello reía.

—Vete, Charlie —dijo alguien entonces.

Había sido casi un murmullo.

Johnny vio detrás del hombre a una muchacha. También ella vestía *blue-jeans*, y una simple blusa azul oscuro; y llevaba en la cabeza una gorra de visera, por debajo de la cual asomaban sus

cortos y lisos cabellos de color rubio paja. Tenía una lata de conservas en la mano.

—Muy bien —asintió Evello, retrocediendo perezosamente—. Quédate con tu asesino. Puedes estar contenta: ha despertado.

La joven no habló ni se movió hasta que él se hubo retirado por la puerta que había al fondo. Fue al abrirse esta puerta y ver unos árboles y un trozo de cielo cuando Johnny creyó adivinar dónde se hallaba: una caravana, un remolque de automóvil; una vivienda trashumante.

—Descansa —dijo la muchacha. No le miraba. El tono de su voz era yerto—. Cuidaré de que no te moleste.

—¿Te llamas Ellen?

Ella le volvió la espalda sin responder, como si no le hubiera oído. Desapareció detrás de uno de los tabiques.

—Gracias por lo que has hecho por mí —añadió Johnny.

Y mientras la joven, fuera de su campo visual, manipulaba unos utensilios de cocina, un sopor febril le fue invadiendo, entorpeció su mente y le sumió en sueño profundo.

—Come.

Era ya de noche. Las luces interiores del remolque estaban encendidas. En la radio sonaba música, de violines.

Johnny despertó bañado en sudor. Le costó unos segundos situarse, recordar dónde estaba, quién era la muchacha que le ofrecía un plato de judías, tocino y huevos.

—Quiero levantarme —dijo.

—Come y no te muevas.

—¿Crees que no podría? Es sólo cuestión de voluntad...

Ella se encogió de hombros, dejó el plato sobre una banqueta y se marchó hacia donde sonaba la radio.

No era sólo cuestión de voluntad. Johnny probó a incorporarse en la litera, y lo consiguió, pero hubo de recostarse de nuevo porque le faltó poco para perder el sentido. Permaneció unos minutos tendido boca arriba, jadeando. No sentía, por fortuna, dolor en la espalda; únicamente cierta tirantez que le impedía mover el brazo izquierdo con libertad.

Cuando se hubo repuesto cogió el plato y comió.

La muchacha reapareció con una jarra de cerveza y un vaso.

—Bébela toda.

Johnny trató de captar la mirada de sus esquivos ojos.

—¿Quién me trajo aquí?

—Charlie.

—¿Cuándo?

—Ayer.

Hacía, pues, más de veinticuatro horas que fue herido por Jaspers.

—¿Por qué?

—Supongo que por curiosidad. Bebe.

Johnny bebió.

—¿Por qué me trajo? No tengo nada que ver con él. ¿Qué demonio de curiosidad? ¿Quiere ver cómo muere un hombre? Lo ha visto otras veces, ¿no?

El rostro de la muchacha era una máscara; una bella máscara, pese a su falta absoluta de maquillaje y al desaliño con que ella iba ataviada; pese, también, a sus furtivos ojos y a su hosca y fatigada actitud.

—Yo no sé nada. Charlie te trajo en el coche. No me dio ninguna explicación.

—¿Tú eres su chica?

La máscara cobró vida un instante. Su fugaz expresión de repugnancia llenó de sorpresa a Johnny.

—¡Su chica! ¿Cuándo se ha fijado Charlie en una chica? ¡Oh, por suerte! Creo que me mataría si llegara a fijarse en mí...

Ellen se interrumpió.

—Apenas le conozco —dijo Johnny—. Nos habíamos visto media docena de veces, hace seis años; y él no era entonces como ahora, aunque iba camino de serlo. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

Hubo un silencio.

—Mientes —articuló fríamente la muchacha.

—¿Miento?

—Él no te habría traído aquí si sólo os hubierais visto algunas veces hace seis años.

—Lo ha hecho. El motivo es lo que me gustaría saber.

Frunciendo el entrecejo, ella llenó de nuevo el vaso.

—Bebe.

Johnny volvió a beber.

—Bien, ¿quién eres tú?

Los ojos se posaron al fin en los suyos. Unos ojos muertos. Las pupilas tenían el gélido color azul del absoluto vacío.

—Charlie salvó dos veces la vida de mi hermano. Cuando me ha pedido ayuda, no he podido negársela.

—¿Qué ayuda?

—Dijo que estaba en peligro y necesitaba ocultarse. Había pensado en mi remolque. ¿Qué iba yo a hacer?

—Por ejemplo, enviarlo a tu hermano.

—Mi hermano murió hace tres semanas —dijo Ellen suavemente. Y añadió—: En la cámara de gas.

No apartaba los ojos ahora.

Johnny, sin causa ninguna, sintió frío.

—¿Cómo se llamaba?

—Karry Scobie.

—Nunca le oí mencionar.

—Ése era su destino. Tenía veintitrés años, fue condenado a muerte y ejecutado; y millones de personas no le han oído mencionar nunca. Como si se tratara de un dependiente de comercio cualquiera. ¿Por qué empeñarse en ser otra cosa?

—La culpa fue de él, no tuya.

Ellen dio un paso atrás. Le temblaron los labios.

—¿Quién ha dicho que sea mía? —replicó ásperamente.

—Eso es lo que sientes en el fondo del corazón: fue por tu culpa. ¿Me equivoco?

—¡Cállate!

—No me equivoco.

La joven se cubrió el rostro con las manos.

—¡Cállate! ¡No puedes comprenderlo! ¡Nadie puede!

—¿Estás segura? Veamos... Tu padre era un borracho que pasaba la mitad de su vida en la cárcel. Tu madre le abandonó. Tu hermano y tú os educasteis en el arroyo. Harry era bueno, ¡tan bueno! pero débil... Se descarrió pronto. Malas compañías. ¡Cuántas veces acudió a ti pidiendo dinero, o pidiendo consejo, deshecho en lágrimas! ¡Pobrecito Harry! Sólo tú le entendías, sólo tú sabías cómo era en realidad. Te hubiera gustado poseer una fortuna para arrancarle de aquel ambiente, y no tenías sino los centavos que ganabas con tu humilde empleo... No fue culpa tuya, ¡pobrecito Harry! Un día...

—¿Cómo sabes eso? —exclamó la muchacha. Sus ojos vacíos se habían llenado de horror—. ¿Conociste a mi padre? ¿Quién te lo ha dicho?

Johnny rió con amargura.

—Fui policía años atrás, nena. Solía encontrar un Harry Scobie cada cuarto de hora. Es la historia de siempre.

Ella se echó a llorar.

Fue un llanto desgarrado, hondo, patético, quién sabe cuánto tiempo contenido. Los sollozos la sacudieron, la vencieron; tuvo que buscar un apoyo y, por fin, dejarse caer en la litera fronteriza de la que ocupaba Johnny, sumida enteramente en su dolor, ajena a cuánto la rodeaba.

Tardó mucho en calmarse.

—Me gusta tratar con seres humanos —dijo él, después. Ellen estaba tendida de costado, con la cara hundida en la colchoneta, pero no sollozaba ya—. No eres la estatua que aparentas ser. Eres una pobre chica que intenta hacer por una basura como Charlie Evello lo que ya no puedes hacer por tu hermano; por una basura como Charlie Evello... y como yo. Pierdes el tiempo, siento decírtelo. Algún día Charlie y yo seguiremos al buen Harry por el camino de la cámara de gas. Gracias, de todos modos.

Ella no se movió ni dio señal de haberle oído.

Al término del largo silencio que se produjo a continuación, se abrió la puerta del remolque y entró Charlie.

—¡Ellen! —llamó con voz ronca.

La muchacha se estremeció. Levantándose, se restregó los ojos con el dorso de la mano y acudió sumisamente al encuentro del hombre.

—¿Quieres cenar? He preparado...

—Puedes comértelo tú —la atajó él. Le tendió una botella—. Descórchala y prepara hielo.

—Sí, Charlie.

Evello avanzó hasta colocarse a los pies de la litera. Johnny observó que parecía más joven y más saludable. Sus ojos chispeaban. Se mostraba de excelente humor.

Su enfermedad tenía un nombre: marihuana. La droga había hecho de él un niño viejo, consumiendo monstruosamente en poco más de seis años su naturaleza.

—Sigues vivo, ¿eh, Rush?

—Gracias a ti.

—A Ellen.

—A ti. Tú me trajiste. Sin ti me hubiera desangrado en la cabaña de Colter.

Sonriendo vagamente, Evello colocó sobre una de las literas la jarra de cerveza, el vaso y el plato en que Johnny había comido, que estaban sobre la banqueta, y se sentó en ésta.

—Hoy se ha celebrado el entierro de Jaspers —dijo—. Solemne. Lee esto.

Tendía el periódico.

Había en primera página un título que rezaba: «Rush acorralado».

CAPÍTULO X

Sabían muchas cosas. Habían desenterrado el viejo caso de seis años atrás, comprobando que la bala que mató a Nancy Smith y las disparadas antaño contra Betty y Joe Sulpicio partieron de la misma arma. Acababan de averiguar otro tanto con respecto a las que recibió en su cuerpo Alan Jaspers. Toda la policía del Estado de Florida se hallaba alerta para capturar a Johnny Rush. El múltiple asesino no podía andar lejos: en la cabaña de pesca había aparecido el cuchillo de Jaspers tinto en sangre, lo cual, con los abundantes rastros de ésta, indicaba que Rush había recibido una herida de consideración. Estaba, pues, prácticamente acorralado, era verdad.

Johnny arrugó el periódico entre sus dedos. Su mirada se cruzó con la de Ellen, quien acudía con la botella descorchada, un sifón y un recipiente de hielo. Los ojos de la muchacha, enrojecidos por el llanto, miraban ahora dulces, franca y serenamente.

—Déjalo ahí —dijo Charles, señalando la litera—; y lárgate, sal afuera a tomar un poco el aire.

Ella obedeció en silencio. La mirada de Johnny la acompañó hasta que la puerta se hubo cerrado a su espalda.

—¿Qué hizo su hermano?

Charlie se detuvo a medio llenar un vaso de *whisky*.

—¿Te ha hablado de él?

—Sin detalles.

—Era un memo. Apioló a una vieja por cincuenta dólares y se dejó cazar. Naturalmente, le pasaportaron; no había el menor atenuante.

—Ella dice que tú le salvaste dos veces la vida.

—Eso fue antes, cuando el chico parecía que iba a hacer carrera. Trabajó algún tiempo para Colter, en la buena época; pero se metía en muchos líos y tenía el defecto de tirar como un aprendiz, y hubo en ocasiones que sacarle de apuros; así hasta que Colter se cansó.

—¿Y luego?

—Luego se marchó a Tampa y rodó por la pendiente. Bien, ¿qué importa Harry? Le metieron en la cámara hace tres semanas.

—Importa. Tú y yo Vivimos a costa suya.

Charlie rió secamente.

—No se me había ocurrido.

—¿Por qué me has traído aquí?

—No lo sé. Un antojo.

—Hablemos claro, Charlie.

—Hablo clarísimo. Te encontré caído en el suelo, ante la puerta de la antigua choza de Colter, y me quedé de piedra al recordarte. Vi lo que habías hecho con Jaspers... Un mal paso, Rush. Pensé que podrías serme útil si te sacaba de él.

—¿Para qué fuiste a la cabaña?

—Voy de vez en cuando.

—¡Charlie, tú mataste a Nancy Smith en Nueva York y dejaste que yo cargase con la culpa! ¡Lo preparaste todo para que las sospechas recayesen sobre mí! ¿Por qué ibas a sacarme de un mal paso ahora?

Charlie dijo:

—Echa un trago.

Sostenía en alto el vaso que acababa de llenar con *whisky*, hielo y soda. Maquinalmente, Johnny se incorporó y extendió el brazo para cogerlo. No pudo. Un trallazo de dolor en la espalda le inmovilizó. Se quedó sin aliento. Cayó hacia atrás, pálido, gimiendo ahogadamente.

—Te lo he ofrecido adrede desde lejos para asegurarme de que eres realmente un inválido —añadió Charlie—. No tengo nada que temer de ti, ¿verdad? Pues bebe. Lo necesitas.

Acercó el vaso a los labios de Johnny, y éste bebió con avidez.

—Estás loco. El humo del «juju» te ha vuelto loco.

—¿Sí? Ya lo veremos al final. De momento estoy en camino de hacerme el amo; de momento le tengo a Colter un pie en el cuello.

—¿Escondiéndote junto a las faldas de una chiquilla?

El torturado rostro de Charlie se contrajo en una mueca de furia.

—¡De cualquier modo! Dicen que Colter guarda cama porque está enfermo... ¡No está enfermo! Alguien le cosió el pellejo a balazos. ¿Sabes quién fue?

—Tú.

—¡Yo, sí, señor, yo! ¡Y le hubiera matado de no haberle acompañado la suerte!

—A Nancy Smith no la acompañó la suerte. ¿Es cierto o no que la mataste, Charlie?

Charlie echó atrás la banqueta, como si no se hubiera asegurado aún de que Johnny era inofensivo.

Pero antes de que hablara se abrió la puerta y asomó la cabeza Ellen.

—Por favor, Charlie, procura...

—¡Ahueca! —gritó él.

—Está muy débil —insistió pacientemente la muchacha—. Déjale que descanse, por favor.

—¡Ahueca o te parto un hueso! ¡Pronto!

Ella titubeó.

—Es sólo un minuto —dijo Johnny—. Me siento bien, Ellen, gracias.

La puerta se cerró.

Charlie se puso en pie y con manos que temblaban echó en el vaso cuatro dedos de *whisky*. Lo bebió puro.

—Yo la maté.

Johnny cerró los ojos. Había sido Charlie Evello. Jaspers no le había engañado. Parecía increíble, pero fue Charlie.

—¿Con qué objeto?

—¿Cómo?

—¿Por qué la mataste? ¿Es posible que lo hicieras sólo por causarle daño a Colter? ¿Tan bajo has caído?

Evello sacudió la cabeza. Después de su confesión se había quedado como ausente.

—Tenía que matarla... No podía arriesgarme. Ella lo había visto...

—¿Visto qué?

—Estaba allí cuando disparé contra Colter.

—¿Dónde?

—En la choza.

—¡Pero Nancy no había dicho sobre esto una palabra! ¿Por qué matarla? Si Colter no te denunciaba por intento de asesinato, ¿qué importaba lo que hubiera visto ella?

—Colter se disponía a denunciarme.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Me crees tonto, Rush? Lo supe en cuanto tú apareciste en Nueva York. Ibas en busca de la chica, y sólo podías ir enviado por Colter.

—¿Tú estabas en Nueva York?

—Sí. Claro que estaba en Nueva York.

—Haciendo ¿qué?

—¡Pues vigilándola a ella! ¿Te parece que podía dejarle a Colter un instrumento tan peligroso? ¡Vigilándola, Rush, y dispuesto a actuar a la menor señal de peligro! ¡Le seguía los pasos desde que salió de Miami!

Johnny sentía una extraña opresión en el pecho.

—Te equivocaste. Colter amaba a Nancy. Quería que volviera junto a él...

—¡Narices! Fue él mismo quien la despachó.

—¿Siendo ella un testigo contra ti?

—¿Estás en la luna? —preguntó Charlie con patente sorpresa.

—No sé una palabra de ese asunto.

—La despachó antes. Colter y la muñeca, que iban a casarse, disputaban a cada momento. Ella, una noche, acalorada por la discusión, le dijo que qué se había figurado, que lo único que quería era su dinero, que a ninguna mujer le interesaría de él otra cosa. Tú sabes cómo es Colter de vanidoso. Se enfureció y la envió a paseo... Esto ocurrió la víspera de nuestro encuentro en la cabaña.

—¿Estabas presente?

—Yo y otros. Fue en el «Bing Name Club», hacia la una de la madrugada. Los dos, Colter y la chica, habían empinado...

—¿Qué pasó después?

—Ella, al día siguiente, fue a decirle que se marchaba de Miami, que le demandaría por incumplimiento de promesa matrimonial y que reclamaría medio millón de pavos. Eligió mal momento para decírselo.

—¿Por qué?

—Coincidió con el que yo había elegido para trufarle a Colter el cuerpo de balas. Llevaba mucho tiempo esperando la ocasión; quería pescarle a solas y poner los puntos sobre las íes antes de disparar, ¿entiendes? La vieja choza era un buen sitio, porque él

solía ir solo, pero ahora no iba ya casi nunca. Aquel día fue. Por condenada mala suerte, la muñeca se enteró de dónde estaba y le siguió. Llegó antes que yo, la encontré allí y tuve que esperar mientras ellos se ponían uno a otro de vuelta y media. Al fin se marchó; es decir, creí que se había marchado. Me había desquiciado los nervios por entonces, ¡maldita pájara! Total, que seguía por los alrededores y me vio cuando salí corriendo. Más tarde la llamé por teléfono y le dije que cerrara el pico o habría de arrepentirse... Era inútil, porque Colter no había muerto, cosa que no supe hasta después. Pero Colter no hablaría. Me haría matar, pero no hablaría, por lo menos mientras no estuviera seguro de que hablando no iba a perjudicarse. Por si acaso esto ocurría, me fui detrás de la chica a Nueva York y no le quité ojo. Entérate: estaba en el «Smoky Club» cuando tú la viste.

Johnny miraba a Evello con asombro.

—¿Y tenías mi antiguo revólver?

—Siempre lo he tenido.

—¿Siempre?

—¿Qué quieres? Es la vida, Rush. El revólver me lo regaló Dixie Grindie. A él le mataron los federales tres o cuatro meses después, y lo he conservado como recuerdo sentimental. Quizá recuerdes que Dixie fue algo así como mi padrino.

—Apenas le recuerdo a él.

—¿No? Era el guardaespaldas predilecto de Tony Colter.

—¿Un mulato gordinflón?

—¡El mismo! Nacido en Atlanta. Tocaba el banjo y silbaba, ¡pobre Dixie! de maravilla: uno hubiera dicho que oía una flauta al escucharle.

—¿Cómo fue a sus manos mi revólver?

Charlie rompió a reír con histérica hilaridad.

—¡Es grande que tú preguntes eso! Colter trabajó de firme para sacarte de apuros cuando te cargaste a Joe Sulpicio y a la lagarta, he olvidado cómo se llamaba, que estaba con él. Entre otras cosas, ordenó a Dixie que escamoteara tu revólver y lo arrojase al mar. Sólo que Dixie no lo arrojó al mar. Era un arma de primera clase. La guardó, y un día me dijo que podía quedarme con ella. ¿Quién iba a suponer el favor que me hacía?

¡El camino de Dios!

Johnny sintió miedo. Miedo de no supo qué.

Era horrible. Su vida rota para siempre, y Charlie Evello ni siquiera recordaba el nombre de «la lagarta» que estaba con Joe Sulpicio cuando murió; como el hermano de Ellen: veintitrés años, condenado a muerte y ejecutado en la cámara de gas, y millones de personas no le habían oído mencionar nunca. Un mundo para unos, un átomo para los demás. La eterna historia.

—¿Sabía Colter que tú tenías ese revólver?

—¡Oh, no!

—¿Sabía que estabas en Nueva York?

—Sí.

—¿Rondando a Nancy Smith?

—Debía saberlo.

Los hechos empezaban a adquirir sentido y orden. Tony Colter había cometido un error; el de creer que Charlie le habría olvidado, que no le reconocería si llegaba a verle. Seis años. Charlie era un adolescente cuando él partió de Miami, y las drogas habían en seis años enturbiado su cerebro. En ello confiaba Colter.

Éste sabía que Charlie rondaba a Nancy en Nueva York, que la mataría a la menor sospecha de que enviaba a alguien en su busca. No podía encargar el trabajo a uno de sus hombres sin sentenciar a muerte a la muchacha. No quería correr riesgos con un asesino nato empapurrado de estupefacientes.

Pero ignoraba que Charlie tenía un motivo especial para recordar a Johnny Rush: el revólver que le había regalado Dixie. Esto hizo fracasar los planes de Colter y desencadenó la tragedia. Lo demás era accesorio. Johnny conocía a Tony Colter lo suficiente para entender sus tortuosos procedimientos. El cuento de los disparos, del dinero robado, de la fuga; incluso el fantástico nombre de Doris Dalton, no eran sino medidas de seguridad para proteger a Nancy de Charlie y a sí mismo del propio Johnny. Se basaban en el supuesto de que Charlie Evello no recelaría de un desconocido que llegaba de las soledades de Tennessee y emprendía complicadas pesquisas para, a través de Pinkerton, encontrar con el nombre de Doris Dalton a Nancy Smith, sin mencionar para nada a Colter. Un desconocido enviado por éste hubiera preguntado por Nancy Smith o por Nancy Doll; posiblemente hubiera ido en su busca directamente al «Smoky Club», pues Colter tenía medios sobrados

de saber dónde actuaba la muchacha, y sin duda lo sabía. Todo ello había confundido a Johnny, pero su verdadera finalidad era confundir a Charlie Evello. Era muy propio de Colter haberle encomendado una misión colocándole primero una venda en los ojos.

Charlie se había servido otro vaso de *whisky*.

—Te has quedado muy pensativo —observó.

—¿Hay cerveza todavía? —preguntó Johnny, señalando la jarra.

—Sí.

—Dámela. Dicen que es buena para regenerar la sangre.

—¡Sí, hombre, regenera lo que sea! De poco te servirá. Ya has leído el periódico.

Johnny procuró olvidarse del periódico. Necesitaba regenerar la sangre perdida y recuperar fuerzas. Pronto. Enseguida. El camino de Dios no terminaba en el vacío: conducía a alguna parte, y debía recorrerlo hasta el final, fuera este cual fuese. Estaba presto a afrontar cualquier cosa.

El periódico decía: «Bush acorralado». Y ¿qué?

—Cuéntame lo que pasó en Nueva York.

Charlie bebió el *whisky* y emitió un ruido de chupeteo.

—Allá voy; se cuenta en pocas palabras. Verás que Nancy se sentó a tu mesa en el «Smoky Club», y esto hizo que me fijara en ti. Me dije: «Conozco esta cara». Me exprimí la mollera. Salió el nombre: Johnny Rush. Entonces lo recordé todo...

—Me interesa lo que hiciste, no lo que pensaste.

—¿Lo que hice? Pues pegarme a los talones de la chica desde que se apartó de tu lado, seguro de que empezaría a preparar las maletas para volver a Miami. Vigilé estrechamente su camerino. No preparó las maletas, pero llamó por teléfono a su agente, un pájaro apellidado Pinkerton, le dijo que tenía algo importante que contarle y quedaron citados para las once de la mañana. Yo me encontraba muy cerca del teléfono. Entonces, para desdicha tuya, Rush, la muñeca me vio.

—¿Por qué para desdicha mía?

—Hasta aquel momento ella no se había enterado de que me tenía por sombra desde que pisó Nueva York. Se aterrorizó al verme. Se quedó de piedra. Yo que sí, la saludé con un cortés ademán y fingí retirarme. Momentos después, furtivamente, trataba

de ponerse en contacto contigo, lo cual me confirmó en la idea de que te enviaba Colter...

—¿Cómo te movías en el club con tanta libertad?

—Es sencillo si uno tiene experiencia de lugares semejantes. Nadie se fija en ti si no llamas deliberadamente la atención o andas haciendo preguntas. Hay mucho movimiento y mucha gente que apenas se conoce entre bastidores a poco importante que sea el *show que echan en la pista. En caso de apuro, una propina resuelve los problemas que...*

—Sí, está bien —dijo cansadamente Johnny—. Eres un maestro. Sigue. Nancy quiso comunicarse conmigo. Me llamó al hotel, ¿no?

—Dejó un aviso.

—¿También lo escuchaste?

—También —asintió Charlie, exhibiendo en una sonrisa sus sucios dientes—. Te citaba en su casa. Mala suerte para ti, Rush.

—Ya veo.

—¿Comprendes lo que ocurrió? Estabais poniendo en mi mano todos los triunfos. La chica salió a galope en su coche, tomando mil precauciones para que nadie la siguiera... ¡Seguirla! Me sabía sus señas de memoria. Llegué primero. La dejé subir. Esperé unos minutos. Llamé a su apartamento. La casa tiene uno de esos aparatos de comunicación, ¿lo viste? por dónde se pregunta quién ha llamado. Nancy lo preguntó: yo dije que me habían dado su aviso y que era Johnny Rush, y ella debía de estar ansiosa por verte, pues abrió sin más. No niego —Charlie miró un momento al suelo —, que me dolió un poco matarla. Tenía una bonita voz.

Johnny sintió un escalofrío. Hubo de hacer un esfuerzo para preguntar con calma:

—¿No estaba tomando una ducha?

—¡Qué había de tomar, hombre! —rió Charlie. Un hipo interrumpió su risa—. Eso formó parte de la puesta en escena. No sabía cuánto tardarías tú en acudir y no quería que la temperatura del cadáver te sirviera de coartada, así que la metí bajo la ducha para que el agua la conservase caliente. Dejé el revólver, limpié todo lo que tú pudieras tocar, todo lo que pudiese retener tus huellas; me llevé... lo que me convino, y esperé en la esquina a que tú aparecieses. Apenas te vi llamé a la policía. ¿Qué dices?

Johnny guardó silencio.

—¡Vamos, di algo! ¿Me guardas rencor?

—Charlie, eres un monstruo.

—Soy un hombre inteligente. Aguarda a que esto haya terminado y te convencerás. Vivirás para verlo, no te preocupes.

—¡Mi vida no cuenta! ¿Qué te había hecho Nancy Smith? ¿Cómo pudiste matarla a sangre fría?

—¿Qué te había hecho a ti la muñeca que achicharraste con Joe Sulpicio? Mira quién habla...

—Todo —dijo Johnny roncamente—. Me lo había hecho todo.

Charlie le miró boquiabierto.

—No os entiendo. A algunos hombres no os entiendo. ¿Qué puede hacerle a uno una mujer?

—Eres un monstruo.

—Bueno, basta ya, Rush. ¡Ni un monstruo ni narices! ¿Quieres más cerveza?

Johnny temblaba de furia contenida, asfixiándose en el sentimiento de su propia invalidez.

—Quiero saber lo que te propones. ¿Por qué me has traído aquí? ¡La verdad!

—Tuve la suerte de encontrarte...

—Y ¿qué?

—No me conviene que la policía te eche mano aún. Que te busquen, ¡que te busquen! ¡Que Colter no piense sino en arrancarte los ojos! Esto me deja a mí en libertad de desarrollar el resto de mis planes.

—¿Qué te pasa con Colter, Charlie?

La cara del toxicómano se contrajo.

—Pretendió darme la patada. Quiso estafarme cien mil pavos míos, ¡míos! Me puso en ridículo delante de todos. Juré que lo pagaría, y no descansaré hasta hundirle. Ahora comprendo que matarle no basta. Celebro que no muriese en su maldita choza.

Johnny se sintió desfallecer. Estaba llegando al límite de sus energías.

—¿Qué harás?

Cerró los ojos mientras Charlie hablaba:

—Lo que él no espera: entregarle al

F. B. I.

He estudiado bien el sistema. Colter guarda toda su documentación

secreta en una cámara acorazada particular que instaló en los sótanos del «Biscayne Excelsior». Se llega a ella con facilidad, a determinadas horas, entrando en el hotel por una puertecilla lateral que se utiliza para pasar los tubos de gasoil de la calefacción cuando va el tanque suministrador; es el camino más corto y más seguro. Forzar la cámara resulta totalmente imposible: habría que volar el hotel. Sin embargo, está abierta todos los viernes por la noche. Ese día Abraham Kines, el contable privado de Colter, va a trabajar allí. Permanece dentro de la cámara, y fuera en el pasillo, vigila un guardián, que solía ser Jaspers. Ahora será probablemente Patrick Fellon.

Charlie se interrumpió. Inmóvil, pálido, cerrando los ojos, respirando regularmente, Johnny parecía dormir.

—¿Me escuchas?

—Sí.

—¿No está claro? El trabajo de Kines comienza a las nueve de la noche y dura un par de horas. Despacharé a Fellon, sorprenderé a Kines, tomaré de la cámara lo que me convenga y lo entregaré a los federales a cambio de protección. Será el fin de Tony Colter. Lo que pueda, contar de mí para vengarse no me asusta, el
F. B. I.,

que sabe cumplir sus compromisos, le prestará oídos sordos. Será el fin de Colter, y mi comienzo.

—Tomarás de la cámara lo que te convenga —repitió Johnny, con voz débil—. ¿Qué fue lo que tomaste del apartamento de Nancy Smith?

—Dinero. Y unas cartas... ¡Estupendo! Cartas de amor de Tony Colter. ¿Quieres verlas?

Cartas. Las «pruebas escritas» a que aludió la muchacha y en las cuales pensaba basar su demanda de medio millón.

—No. ¿Cuánto dinero?

—Sin importancia. Cuarenta dólares y pico.

—Harry Scobie robó cincuenta.

Charlie se sobresaltó. Murmuró un juramento.

—¿Qué insinúas?

—Nada. ¿Qué día es hoy, Charlie?

—Miércoles.

Dos días.

Johnny se abandonó al sopor que sentía ascender dentro de sí como una marea. El mundo real se borraba para que los sueños adquiriesen forma.

Necesitaba dormir, dormir mucho; comer mucho; beber mucho. Necesitaba restaurar por lo menos una parte de su vigor físico.

Jueves. Viernes.

¡Dos días eran tan poco tiempo!

CAPÍTULO XI

Viernes.

Ellen había preparado carne en conserva con salsa de tomate. Fuera lucía el sol. Se oían los agudos trinos de un pájaro.

Johnny preguntó:

—¿Dónde estamos?

La muchacha comía junto a él, sentada en la banqueta, con el plato sobre las rodillas.

—En el bosque de Moisty Hill.

La víspera, jueves, había habido cambios. Charlie llegó al anochecer, muy excitado, saturado de alcohol, oliendo intensamente a marihuana. Habló con Ellen en el exterior. Entró riendo en el remolque, llevando una botella consigo; se tendió en una litera y se quedó dormido a medio beber.

Johnny no le había dicho una palabra. No había dicho en todo el día más de diez palabras. Reservaba desesperadamente sus fuerzas, comiendo y bebiendo cuánto podía, durmiendo lo más posible. Toda su voluntad se concentraba en ello. El cuerpo inmóvil, sólo su mente desarrollaba intensa actividad.

Ellen había enganchado el remolque al automóvil y emprendido la marcha poco después. Sumido en su enfermiza duermevela, sin prestar atención, Johnny había advertido vagamente que el trayecto era corto. El coche se detuvo. Manióbró, Johnny estaba dormido antes de que la muchacha entrara a acostarse.

El viernes fue igual al jueves, salvo que en el lugar donde se encontraba ahora el remolque cantaban los pájaros. Charlie, enfurruñado, apático, envejecido, según solía levantarse, partió en el coche a eso de las once de la mañana; Ellen estuvo ausente de once y media a doce.

A las doce menos cuarto hizo Johnny la prueba de abandonar la litera. Su herida, que la muchacha había lavado y curado repetidas

veces, apenas le causaba dolor. Consiguió ponerse en pie, caminar a lo largo del pasillo central del remolque. Se fatigó como si hubiera recorrido kilómetros, pero su cabeza permaneció firme. Un trago de la última botella de *whisky* adquirida por Charlie le ayudó en su empeño.

En el transcurso de aquel día y medio había observado muchas cosas; la más importante, la existencia de un armario entre las literas y el primer tabique. Charlie tenía la llave. Lo abrió, sacando dinero antes de marcharse, y lo volvía a cerrar. El viernes sacó algo más que dinero: un estuche de municiones. Miró insistentemente a Johnny mientras lo hacía, pero éste tenía los párpados entornados y parecía dormir.

Desde las once de la mañana, Charlie no había vuelto, y, probablemente, no iba a volver. Era viernes. No había aludido más a ello. Sin embargo, su silenciosa y hosca despedida estaba cargada de significado, trasuntaba lo que había quedado flotando en el aire desde su conversación con Johnny. Cuando volviese, si volvía, Charlie habría perdido o ganado y sería muy distinto todo.

Era viernes. A partir de las nueve de la noche estaría abierta la cámara acorazada de Colter en el hotel, con un contable trabajando dentro y un guardián armado en el pasillo.

Ni por una fracción de segundo lo había Johnny olvidado.

Carne en conserva con salsa de tomate.

—¿Adónde va Charlie? ¿Dónde pasa el día?

—No lo sé —dijo Ellen, sosegadamente—. Supongo que en Miami, o vagando por ahí.

—No es propio de alguien que se cree en peligro.

—No lo sé —repitió con indiferencia la muchacha.

Johnny la miraba mordiéndose los labios.

—Ellen.

—¿Qué?

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces? ¿Dónde vives?

—Vivo aquí —dijo ella, con la vista fija en el plato—; y ya lo ves, no hago nada.

—Este remolque cuesta dinero.

Ellen terminó de comer en silencio. Sin embargo, al levantarse y recoger los platos para llevarlos al fregadero, dijo:

—El remolque y el coche eran de Harry. Los tenía a mi nombre.

Cuando... cuando ocurrió lo de él me vi obligada a dejar mi empleo. Vivía en Stanton, cerca de Tampa. Todos me conocían. No pude resistirlo y me marché. Piensa que soy cobarde, no me importa.

—¿Quién no es cobarde? —replicó Johnny suavemente—. Los sicópatas como Charlie, nadie más. Sentir miedo y, sin embargo, vivir, seguir adelante, es una condición de la nobleza humana.

Ella se alejó con los platos. Regresó encendiendo un cigarrillo.

—Tú no eres como los otros. No consigo entenderte.

—Soy igual.

—¿Me crees ciega? Crecí en el arroyo, entre golfos y pérdidas; he conocido bien a los amigos de Harry, y a sus amigas; a Charlie Evello y a docenas de su clase. Tú no eres uno de ellos. Ni siquiera eres como yo. He estado pensándolo desde que hablé contigo por primera vez.

Johnny sonrió sin proponérselo.

—¿Qué soy, entonces?

—Un hombre honrado.

—Ellen, no te burles de mí.

—Nunca me he burlado de nadie. Sé que te persiguen por asesino y que has matado a varias personas. No importa. Tú eres honrado. Ignoro cómo te has metido en esto, cómo has llegado a esta situación; no me interesa. Eres honrado a pesar de todo.

—Ya veo. Como el pobre Harry.

—¡No te confundas! —exclamó la muchacha—. Yo quería a Harry como una madre puede querer a un hijo... Le quería a sabiendas de que era un criminal, diabólico, degradado. Culpa suya o no, eso es lo que era y lo que tú no eres ni serás.

Johnny la miró a los ojos y ella sostuvo firmemente su mirada. En dos días, aquellos ojos habían vuelto a vivir.

—No es honrado quien comete un delito y elude pagar la pena —dijo él—. Yo lo hice, Ellen.

—Todas las penas se pagan, de un modo u otro, en un momento u otro. No digas que no has pagado la tuya: se lee en tu rostro que sí, y a un precio muy alto.

Johnny sabía que aquello era verdad, más verdad de lo que la muchacha imaginaba. Pero movió obstinadamente la cabeza.

—No. Todavía no, y no la he pagado como lo exige la justicia de

los hombres. Hablar de esto no conduce a nada.

Ellen dijo súbitamente:

—He lavado y planchado tu camisa.

No lo había dicho al azar.

—Ellen.

—Tengo la afeitadora eléctrica de Harry; puedes usarla, lo necesitas. Lo que no tengo es otra ropa que prestarte.

—Prestármela ¿para qué?

—Para que vayas a Miami esta noche.

Hubo un silencio. Johnny lo rompió:

—Nena, estás soñando.

—Irías igualmente sin mi ayuda. ¿Quién soy yo para impedírtelo?

—Estás soñando —insistió él—. Si voy, probablemente mataré a Charlie...

Ella señaló hacia atrás por encima del hombro.

—En ese armario guarda una pistola. Ábrelo y llévatela.

Johnny contuvo la respiración.

—Ellen, ¿por qué haces eso?

—No lo sé. Lo hago. A mí, Johnny Rush, no se me engaña fácilmente. Desde que hablaste con Charlie has tenido una obsesión: recuperar fuerzas. Comes sin hambre, bebes sin sed, duermes sin sueño. ¿Todo para qué? Para estar en condiciones de marcharte esta noche a Miami. Pues ve. Te es imprescindible ir, ¿verdad?

—Sólo Dios lo sabe —murmuró él.

—Eres un hombre honrado. Haz lo que te dicte tu conciencia.

—¿Pistola en mano, Ellen?

—¿Por qué no? Anteanoche, cuando hablaste con Charlie, podía oírse desde fuera vuestra conversación. Me enteré de muchas cosas sin proponérmelo. Tú no vas a esgrimir el arma contra tus semejantes, contra la sociedad humana, sino contra un enemigo del que esta no sabe defenderse, ni defenderte a ti. Si a un hombre le imponen la ley de la selva, ¿qué hay de malo en que responda imponiéndola él?

—Sí, lo hay. No puede explicarlo, pero debe haberlo.

Ellen se encogió de hombros.

—Entonces quédate a dormir. Sé que no te quedarás...

—No —murmuró Johnny—, no me quedaré.

Eran casi las tres de la tarde.

Ella le dio la camisa a las cinco. Charlie no había regresado. No regresaría ya.

—Deja que te vende bien la espalda. ¿Puedes mover el brazo?

—Sí.

—¿Te duele?

—Poco.

—Toma.

Había preparado una copiosa dosis de *whisky*. Johnny la bebió antes de abandonar la litera. Se perló la frente de sudor.

Quedó en pie firmemente, sin vacilar, con su camisa limpia y sus arrugados calzones cortos. Era el atuendo con que había ocupado su puesto de observación en la playa, y no poseía nada más en el mundo; pero le bastaba para emprender la última lucha. En la cárcel le darían luego otra ropa mejor. O en la morgue.

—Aféitate. Te prepararé, mientras tanto, algo de comer.

El espejo le reveló que su aspecto no era tan malo como suponía. Sólo se habían hecho más duros y profundos los surcos a ambos lados de su boca.

Comió cuando hubo terminado de afeitarse.

—Bebe más *whisky*.

Bebió más *whisky*. Se comportaba como un autómatas. Su cuerpo estaba allí; su espíritu, a infinita distancia.

—¿Qué te pasa, Johnny? Así no puedes marcharte.

Él forzó una sonrisa.

—Me he marchado ya. Pensaba... ¿Qué edad tienes, Betty?

La muchacha apoyó bruscamente una mano sobre la suya.

—¿Betty? Me llamo Ellen.

Johnny se estremeció.

—Lo siento.

Hubo un tenso silencio.

—Tengo veinticinco años. ¿Por qué?

—Quiero pedirte una cosa. Cuando yo me haya marchado vuelve a ese lugar donde vivías, Stanton, cerca de Tampa. Uno no debe huir nunca de nada ni de nadie. Es peor. Está uno perdido desde que emprendes la fuga.

Los dedos de la muchacha se cerraron en torno a su muñeca.

—¿En qué trabajabas?

—En una Compañía de seguros.

—Vuelve. Te tomarán otra vez, y si no te toman encontrarás trabajo en otra parte. Tienes veinticinco años, Ellen. La vida empieza. Júrame que volverás.

—¿Cuántos tienes tú?

—Veintiocho. Y vuelvo.

Ella no dijo nada por un momento. Luego articuló:

—Lo juro.

Retiró la mano.

Johnny se levantó para dirigirse al pequeño compartimiento destinado a cocina. Rebuscó hasta encontrar un abrelatas. Seguido por la mirada de la joven se aproximó al armario que utilizaba Charlie. Introdujo el instrumento entre las hojas de la puerta, hizo una ligera presión; se astilló la madera y saltó la cerradura.

Dentro había un manojo de arrugados billetes, una pistola y dos cartas. Éstas mostraban la nerviosa letra característica de Tony Colter; eran las sustraídas por Charlie del apartamento de Nancy Smith.

Johnny no las tocó.

El arma no era su revólver, sino la pesada pistola de Jaspers. La cogió, la desmontó de un manotazo e inspeccionó el cargador. Estaba completo.

La voz tranquila de Ellen le llegó desde la mesa:

—Por la carretera de la linde del bosque pasaban los autobuses que conducen al centro de Miami.

—Lo sé, conozco Moisty Hill. Hace seis años pasaba uno cada diez minutos.

—Es temprano aún.

—Sí.

Aquella pistola la había llevado Jaspers a Bear Plain. A otro mundo. La tenía consigo cuando él encontró la mirada de sus ojos grises en el bar de Ted Hardy.

Dijo Charlie que le habían hecho un entierro solemne.

—¿Johnny?

—¿Qué?

—¿Cómo era ella? ¿Acaso se parecía a mí?

—¿Quién?

—No lo sé. Quien fuese. Antes me has dado su nombre.

—Betty era todo lo que tú no eres.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—Me molesta hablar de ello...

—¡Te molesta! La mataste, ¿verdad, Johnny? Fue eso lo que la otra noche dijo Charlie. Tiene que haber una mujer en tu vida; es la única explicación... Charlie no lo entenderá nunca, pero es la única explicación.

Charlie había preguntado con sorpresa: «¿Qué puede hacerle a uno una mujer?». Podía hacérselo todo. Betty se lo hizo.

—Él es feliz. A veces desearía ser como Charlie.

—No lo creo. ¿Mataste a esa mujer, Johnny?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace seis años.

—¿Y huiste?

—Sí. Era demasiado joven. Todo ocurrió por ser yo demasiado joven.

—O demasiado honrado; en cierto modo es lo mismo. Pero en seis años ¿no la has olvidado?

—¿Cómo quieres que la olvide? —dijo él, impaciente—. Por favor, dejemos esto. Debo marcharme. Adiós, Ellen, y gracias por lo que has hecho por mí. Gracias.

La muchacha, vuelta de espaldas, había abierto el refrigerador.

—No tiene importancia. Mañana lo habrás olvidado ya.

—¡Ellen!

—¿Para qué engañarme, Johnny? Los hombres sois así: recordáis toda la vida a la mujer que os causa daño; olvidáis al día siguiente a la que intenta haceros bien. Adiós, y hasta nunca.

Él se le acercó, la tomó por los hombros y la obligó suavemente a girar y darle la cara.

—Enójate, si quieres. Betty hizo de mí lo que soy y no la olvidaré jamás. Es posible que tú hagas de mí lo que seré a partir de ahora, pero no borrarás su recuerdo. ¿Prefieres que te halague el oído y diga otra cosa?

Ella rehuía su mirada.

—Vete. Vete enseguida.

—¿Por qué?

—¡Porque me haces sufrir! ¿No lo comprendes, Johnny? ¡Sé que

nunca volveremos a vernos, y esto no lo puedo soportar! ¡Déjame, te lo suplico!

Johnny la soltó como si quemara.

—Perdona.

—¡No tengo nada que perdonarte! ¡Pero vete!

—Sí, Ellen.

Retrocedió un paso, mientras la joven se cubría el rostro con las manos y le daba de nuevo la espalda.

Ellen tenía razón. Nunca volverían a verse: era mejor terminar cuanto antes y seguir cada cual su camino.

Johnny se guardó la pistola de Jaspers entre la camisa y la piel. El bulto llamaba la atención, pero podía disimularse con el brazo.

Luego marchó a la trasera del remolque, abrió la puerta y salió al exterior. Sus piernas resistían. Todo iba bien.

Echó a andar a través del bosque.

Oyó tras de sí el rumor de unos pasos ligeros.

Apenas tuvo tiempo de volverse. Halló a la muchacha arrebujada contra su pecho casi antes de haberla visto, tibia, ligera, temblorosa, y escuchó el susurro de sus palabras latiéndole locamente el corazón:

—Buena suerte, vida mía. Buena suerte, Johnny.

Algo despertó dentro de él, con una sensación de placer doloroso, como un desgarró cosquilleante. Se inclinó. Rozó los labios de Ellen con los suyos.

¡En seis años no había besado a una mujer! ¡En seis años no había existido una mujer! La experiencia era enloquecedora.

—Buena suerte, vida mía.

¿Buena suerte? ¿Mejor aún?

Nadie le había amado desde la muerte de su madre. Ellen le amaba. El resto, todo el resto, lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir, viejas manchas de sangre que tan penosamente se lavaban, las puertas del presidio o del infierno; el resto, ¿qué importaba ya?

CAPÍTULO XII

¿Dónde estaría Charlie Evello? ¿A qué hora habría planeado descargar su golpe? Johnny podía imaginarle drogado hasta reventar, lleno de alcohol hasta las narices, aguardando impaciente el momento. Si a las nueve se abría la cámara acorazada no era probable que esperase mucho más allá de las nueve. Esto le obligaba a él a actuar con peligrosa precipitación.

Charlie tenía la inmensa ventaja de hallarse en libertad de elegir el instante más adecuado a sus propósitos. Johnny ignoraba cuál sería aquel instante; su único recurso era actuar lo antes posible.

A las ocho y media estaba ya apoyado en el tronco de una palmera, observando la puertecilla lateral de que Charlie le había hablado. A éste no se le veía por parte alguna.

El viaje había sido plácido desde Moisty Hill. Acomodado en un asiento del autobús, Johnny se repuso un poco de la caminata a través del bosque. Su voluntad le sostenía. Sus nervios le mantuvieron despierto y alerta. Sus fuerzas, aunque escasas, no fallaban.

No hubo incidentes. Era ridículo suponer que la policía sometiese a vigilancia las líneas suburbanas de autobuses, sobre todo después del tiempo transcurrido desde la muerte de Jaspers. Johnny había sido oficial de aquella misma policía. Se sabía de memoria sus métodos, sus defectos, sus rutinas, su sistema de operar; cosas que apenas cambiaban en el año.

Le fue fácil llegar al hotel «Biscayne Excelsior». ¿Quién iba a reparar en él? Era un paseante como tantos otros, flaco como tantos otros; descuidadamente vestido con camisa y *shorts*, como tantos y tantos otros.

Las ocho y media.

Johnny trazó con calma sus planes. Salvo en caso de que pudiera sorprender al guardián de la cámara y reducirle a la impotencia sin

ruido, hipótesis poco probable, tendría que actuar muy deprisa. La pistola que llevaba consigo carecía de silenciador. Un solo disparo pondría en conmoción a todo el hotel. El tiempo de entrar en la cámara, volver a salir y emprender la fuga acaso quedara limitado a unos segundos; y él no sabía siquiera qué encontraría en la cámara ni qué le convenía llevarse.

Las nueve menos diez. Una sola persona había utilizado la puerta lateral en los veinte minutos transcurridos: un negro que vestía la blusa listada del servicio del establecimiento.

A Johnny le hubiera gustado tomarse un *whisky* doble, o un triple ron con seltz, pero no quería abandonar su puesto junto a la palmera. Aquel rincón del jardín estaba sumido en la oscuridad, justo al borde de la mancha de luz que proyectaban las ventanas del hotel. A corta distancia, la entrada principal de éste y la amplia acera de la avenida bullían de movimiento y animación; un mundo aparte.

Las nueve.

Charlie Evello no había aparecido.

Tampoco el contable y su escolta, quienes era de suponer se dirigirían a la cámara por el camino regular, o sea, por el interior del edificio. A última hora, ¿no decidiría Charlie imitarles?

Johnny sospesó esta posibilidad. No. Charlie estaba amenazado de muerte por Tony Colter y no sería tan insensato como para introducirse en la guarida de su enemigo sin adoptar especialísimas precauciones. Utilizaría la puerta lateral. Nadie debía verle. Seguramente era conocido por todo el personal del hotel.

Las nueve y seis minutos.

Johnny se agachó y arrancó de la orilla circular de la palmera una piedra de mediano tamaño. Había llegado el momento. Permaneció unos segundos inmóvil, respirando profundamente, esforzándose por calmar los desordenados latidos de su corazón. Luego echó a andar hacia la puerta.

Estaba abierta.

Comunicaba con una pieza angosta, en la pared de la cual se veían los tapones terminales de las tuberías del gasoil. A la derecha, sin puerta, comenzaba un tramo de pasillo.

Johnny avanzó por éste.

A los pocos metros se detuvo. Se oía silbar distraídamente a

alguien. Alan Jaspers estaba silbando de semejante manera, quizá la misma tonadilla de moda, cuando le sorprendió en la cabaña de pesca de Colter.

El pasillo desembocaba en otro más ancho, bien iluminado. Un vago olor a cocina flotaba en el aire.

Johnny apoyó una mano en la culata de la pistola y asomó cautelosamente la cabeza por el recodo.

Era allí.

Conocía al hombre que montaba guardia junto a una pesada puerta de acero entreabierta. Estaba sentado en una silla inclinada hacia atrás, con el respaldo apoyado en la pared, y silbaba haciendo saltar acompasadamente en su mano una moneda. Era el individuo grueso, de tez pálida y ojos saltones, que les había recibido a él y a Jaspers en el piso de Colter a su llegada de Bear Plain.

Bien, había que decidirse.

Johnny se echó atrás. Únicamente por el sudor frío que bañaba su cuerpo se daba cuenta de hasta qué punto estaba débil.

Balanceó en la mano derecha la piedra que había recogido en el jardín. En ella basaba sus esperanzas.

Empuñó la pistola con la mano izquierda. Levantó la derecha, con la piedra, a la altura del hombro. Contuvo la respiración.

El hombre grueso seguía silbando.

Ahora.

¡No! ¡Alguien se acercaba por el pasillo principal! El silbido del hombre se interrumpió. Sonaron unos pasos. Alcanzaban ya casi el recodo. Si aquella persona doblaba éste para tomar el tramo de pasillo camino de la puerta lateral, Johnny, con su piedra y su pistola, se encontraría frente a ella.

Los pasos cesaron. Una puerta chirrió.

El guardián de la cámara volvía a silbar.

Pero ahora ya no podía atacarle. Era posible que el intruso saliera demasiado pronto del lugar donde había entrado. No debía ver al guardián caído en el pasillo, o de lo contrario daría la alarma.

Johnny esperó con los nervios hechos pedazos. Temblaba. Se sentía desfallecer, oprimida la garganta por un nudo de angustia.

No resistiría aquello mucho tiempo.

¿Y si el intruso no volvía a salir? ¿Y si había entrado donde entró para pasar allí toda la noche?

¡La espera se prolongaba en vano!

¿Y si llegaba Charlie Evello?

La puerta chirrió nuevamente. Agotado, yerto, a punto de desmayarse, Johnny creyó que le engañaban sus sentidos. No se convenció hasta oír que los pasos se alejaban, y el peligro con ellos.

¡Basta! ¡Basta ya!

En dos zancadas salió al pasillo principal. ¡Lo había calculado tan bien todo! No se detuvo, no dio al hombre casi ocasión de verle. Le arrojó la piedra con todas sus fuerzas y echó a correr hacia él pasándose la pistola de una mano a otra.

El guardián recibió el impacto en un costado de la cara, articuló una exclamación de dolor y perdió el equilibrio. Johnny corría como un loco. Llegó a su lado en el instante en que caía al suelo atorado por la silla.

—¿Qué ocurre, Pat? —preguntó dentro, de una cámara una voz aguda.

El hombre pugnaba por sacar un arma. Johnny abatió la pistola sobre su cabeza, cargando en el golpe el peso de su cuerpo. Fue duro. Lo fue adrede. No podía arriesgarse. No podía siquiera detenerse a comprobar si el guardián había quedado sin sentido, ni mucho, menos a golpearle dos veces.

Tiró de la puerta para abrirla más, y entró en la cámara.

—¡No se mueva! —ordenó—. ¡Le digo que no se mueva!

El individuo que estaba dentro había empezado a moverse, pero se detuvo. El miedo, en un instante, dio a su cara un tinte verdoso. Era un hombrecillo de aspecto ratonil, de cráneo agudo y calvo; mirada astuta y traicionera, flaco, aunque ventrudo. Usaba tirantes de color salmón sobre una camisa listada blanca y azul, con las mangas arrolladas a la altura del codo.

—¿Qui... quién es usted? —balbució.

—No se preocupe. Vamos, de cara a la pared. Apoye en ella las manos. ¡Pronto!

El hombrecillo obedeció.

Había, estado trabajando en una mesa que ocupaba el centro de la cámara, bajo la lámpara cenital fluorescente que derramaba intensa luz. Johnny miró en torno. El recinto era en realidad una pequeña oficina: archivadores alfabéticos, carpetas, un fichero rotatorio. No podía llevarse todo el material. No tenía tiempo de

seleccionar lo importante. Sabía de antemano que tropezaría con aquella dificultad ineludible, la cual se agravaría aún si le interrogaba al contable y confiaba en lo que éste le dijese.

La chaqueta del hombrecillo colgaba del respaldo de la silla. La cogió, vació rápidamente sus bolsillos sobre la mesa, la extendió en el suelo; volcó encima el fichero, soltando las fichas del soporte giratorio; echó un par de carpetas y un puñado tras otro de documentos arrancados de los archivadores. Se movía con frenesí. Agachándose, lo envolvió todo con la chaqueta, mal que bien, sirviéndose de las mangas para atar y asegurar, el paquete.

El contable gemía:

—¿Qué hace usted? ¡Está loco! ¿Qué hace?

—¡Cállese! —exclamó Johnny, enderezándose con el burdo fardo bajo el brazo—. ¡No quiero lloriqueos!

Miró afuera. En el pasillo se veía solamente al guardián, espatarrado en el mismo lugar donde cayó.

Le agarró por un brazo, tiró desesperadamente de su obeso corpachón y le metió dentro de la cámara. Oyó, sin prestar atención, que el contable decía algo con su voz cascada y chillona. Salió al pasillo. Empujó la pesada puerta hasta cerrarla, dio vuelta al volante de la cerradura y dejó dentro a los dos hombres.

Aunque la cámara no tuviera ventilación, que probablemente la tenía, disponían de aire para rato; el suficiente para que él se alejase sin que una alarma prematura estorbara su propósito.

No le estorbó una alarma prematura.

Fue Charlie Evello.

Estaba en el recodo del pasillo, con su revólver, su propio revólver silencioso en la mano derecha, contraído el rostro en una mueca diabólica, los hundidos ojos despidiendo llamas.

Dijo simplemente:

—Muchas gracias, Rush.

Y disparó.

Pudo haber disparado sin decir nada, pero no lo hizo. Ello dio a Johnny ocasión de intentar librarse de la primera bala por lo menos, saltando para salir de la trayectoria. Había ya saltado cuando sonó el sordo y acolchado estampido del arma. Por una fracción de segundo creyó haber fracasado, creyó sentir en su cuerpo el impacto del proyectil. No era así. Éste había chocado tan

sólo con el paquete dos veces.

Desde el suelo, Johnny apretó el gatillo de la pistola. No por reacción instintiva. Como deslumbrado por una ráfaga de lucidez, tuvo plena conciencia de que en aquel sencillo movimiento de su dedo índice se lo jugaba todo; no solamente la vida: todo, ¡mucho más que la vida! Le importaba poco morir. Pero no debía morir entonces. No en aquel preciso momento. No, no, ¡no!

La detonación resonó como un cañonazo.

Johnny rodó sobre sí mismo. Vio a Charlie en la misma actitud que antes, en pie, ileso, dirigiendo hacia él el siniestro cilindro silenciador del revólver. Empuñó desesperadamente la pistola con ambas manos y disparó de nuevo, pero ahora sin soltar el gatillo, dejando que el cargador se vaciase. No supo si Charlie disparaba también. El horriblo estruendo semejó llenar el mundo, ahogando cualquier otro rumor.

¡Debía escapar antes de que el hotel entero se le echase encima!

¿Y Charlie?

Charlie Evello estaba muerto en el recodo. Los impactos de bala trazaban en él una línea ascendente desde el estómago hasta la cabeza. La última de aquellas balas le había destrozado el cráneo.

Johnny saltó por encima de su cuerpo. Cargado con el fardo de documentos alcanzó la puerta lateral, salió al jardín y se alejó a través de las tinieblas.

Se hallaba en el límite de sus fuerzas cuando en la calle Yates tomó un taxi. Los nervios, su único sostén, fallaban ya.

—A Sharkteeth Beach.

—¿A qué punto de Sharkteeth Beach? —preguntó el taxista.

—Pare donde empieza el bulevar.

El trayecto era largo. Johnny se abandonó en el asiento y cerró los ojos. Su corazón latía aun salvajemente. Pero ya todo estaba hecho, terminado, listo. Un último paso y podría descansar.

Su mano se apoyaba en el paquete envuelto en la chaqueta del contable de Colter. Esto era ahora lo único importante.

—¡Eh! ¿Se ha dormido? ¡Pregunto si le parece bien aquí!

Johnny despertó sobresaltado.

—Sí, muy bien —respondió con dificultad.

La fatiga le había vencido. Estaba ya en el mirador donde empezaba el bulevar de Sharkteeth Beach; debía de haber dormido

la mayor parte del trayecto.

Pagó al taxista y se apeó, siempre con su carga, procurando disimular que a duras penas podía moverse. Cuando el vehículo emprendió el regreso al centro de la ciudad, él echó a andar en dirección contraria con paso inseguro.

No fue muy lejos; se detuvo para entrar en la primera cabina telefónica. Depositó en tierra el paquete, cuyo peso le agobiaba; buscó en la guía el número del «Biscayne Excelsior» y llamó al hotel.

—Hay dos hombres encerrados en la cámara acorazada de Tony Colter —dijo solamente—. Abran la puerta antes de que se asfixien.

Cortó, sin dar tiempo a que la telefonista del establecimiento pronunciara una palabra.

El siguiente número que marcó lo sabía de memoria. No lo había olvidado en seis años.

Una voz fría respondió a su llamada:

—Oficina del F.B.I.

Johnny exhaló el aliento.

—¿Está Will Kennan?

—¿Quién es usted? —le preguntó la voz, sorprendida.

—¿Está o no está?

—No —la voz se tornó sarcástica—. Hace dos años y medio que no está; exactamente desde que fue trasladado a nuestra oficina de San Luis. ¿Noticia nueva para usted, amigo?

Seis años no pasaban en vano. Johnny había colaborado algunas veces con Kennan, jefe de la policía federal en Miami. Le hubiera gustado entenderse ahora con él.

—¿Quién ocupa su puesto?

—El capitán Maynard.

—Póngame con él.

—¡Sí, hombre, a esta hora le encontrará sentado en su despacho! —rió su interlocutor—. Oiga, ¿qué demonio quiere?

Johnny se oprimió la frente con la mano.

—Avísele inmediatamente, sin perder un minuto. Es casi seguro que Tony Colter intentará de un momento a otro salir de la ciudad, o por lo menos abandonar su apartamento del «Biscayne Excelsior» y ocultarse. Deben ustedes impedirlo. ¿Me entiende usted? Le hablo de Tony Colter, que...

—Le entiendo. ¿Qué pasa?

—Dígale al capitán Maynard que tengo algo importantísimo para él. Estoy esperándole al comienzo del bulevar de Sharkteeth Beach. Hay aquí una cabina telefónica. Me encontrará en el banco más próximo a la cabina.

Sin asomo de burla, la voz preguntó de nuevo:

—¿Quién es usted?

—Johnny Rush.

El banco más próximo estaba a cinco metros de la cabina telefónica, de cara al mar, junto a uno de los sauces gigantes que sombreaban el paseo. Johnny salió de aquélla arrastrando su fardo, que contenía papel, pero para él pesaba como si fuera plomo.

Se sentó en el banco.

Había llegado al fin de su camino.

CAPÍTULO XIII

El médico cerró su maletín, tiró de los puños de su camisa y se ajustó la corbata. Miró a Maynard como en demanda de instrucciones.

Éste dijo:

—Nada más, *doc*.

—Pues, buenas noches.

—Sí, buenas noches.

Maynard era hombre sólido como un bloque de granito, macizo, rubicundo, de frente despejada e inteligente y serenos ojos. Estaba negligentemente sentado, encima de su escritorio, en mangas de camisa, bebiendo café helado que se servía de una jarra empañada exteriormente por la humedad.

El médico salió.

—Ya ha escuchado el diagnóstico —dijo Maynard a Johnny—: con la sangre que a usted le falta se podría regar un jardín. Vive de milagro.

Johnny se puso cansadamente la camisa. Él y el capitán se hallaban solos en el despacho del segundo. Por la ventana abierta entraban el aire tibio de la noche y el rumor del tráfico. Era la hora de salida de los espectáculos. Una riada de automóviles circulaba por la avenida De Soto, diez pisos más abajo.

—Vivo de todos modos, ¿no? Es lo que interesa.

Maynard, pensativo, fruncía el entrecejo.

—Bien, supongo que debo darle las gracias.

—¿Usted a mí?

—¿Por qué no hablamos claro, Rush? ¿Qué espera; usted por lo que ha hecho? ¿Con qué objeto lo ha hecho, en realidad?

—No lo sé. La pregunta lógica sería la contraria: ¿por qué no iba a hacerlo? Tenía los medios y la ocasión.

—¡Los medios! —resopló el agente federal—. El primer medio

que hubiera debido tener es sangre en las venas.

—Dejemos ese asunto, capitán.

—Conforme, dejémoslo. Le he tomado a usted declaración, hemos revisado los documentos de la cámara acorazada de Colter, éste está detenido en su apartamento, se ha organizado una redada general. Todo marcha por sus pasos. Dejemos este asunto y vayámonos a dormir.

Johnny le miró fijamente.

—¿Qué le ocurre?

—Rush, no le entiendo a usted. No me ocurre nada.

—¿Pretende burlarse? Pesa sobre mí una acusación de asesinato. Múltiple.

—¿Está seguro?

—¡Capitán Maynard!

El agente federal sostuvo su mirada por encima de la taza de café.

—Esta acusación ha sido retirada hace unos minutos. Exactamente cuando el doctor Schuster comenzaba a reconocerle a usted.

Johnny articuló:

—No lo creo.

—¡No sea idiota! Se le acusaba a usted del asesinato de la cantante Nancy Smith en Nueva York. El F.B.I. intervino en el asunto a requerimiento del teniente Squint Davies, de la policía de aquella ciudad. Muchas cosas salieron inmediatamente a relucir: las huellas dactilares de usted, la similitud de la bala homicida con las disparadas en un antiguo crimen perpetrado en Miami con el que estuvo usted relacionado... ¡Mil diablos, Rush! La policía de aquí demostró enseguida gran empeño en capturarlo. Pero en el F.B.I., ¿sabe usted? no nos chupamos el dedo. La bala que mató a Nancy Smith era similar, no sólo a las disparadas contra Betty Stanley y Joe Sulpicio; sino a media docena más que mataron a otras tantas personas en Miami durante los últimos años; me tomé el trabajo de comprobarlo yo mismo. Cuando murieron esas personas, residía usted en Bear Plain, y no se movió de allí; también me tomé el trabajo de comprobarlo yo mismo, y escrupulosamente. No era usted quien usaba aquel revólver. No era usted, quien pese a la evidencia, había matado a Nancy Smith. Su declaración de esta

noche me ha explicado todo lo que a mí me era imposible averiguar, y no tengo motivo para no creer en lo que usted dice.

—Eso es absurdo —replicó Johnny, atónito—. Le he dicho que no maté a Nancy Smith, es cierto; pero sí que maté a Alan Jaspers y que he matado a Charlie Evello.

Maynard sonrió enseñando los dientes.

—Trabajo que le ha ahorrado al verdugo. Márchese a casa, Rush. Recibirá la citación correspondiente cuando se le necesite para aclarar la muerte de esos dos hombres. Nunca, que yo sepa, exterminar en defensa propia a dos peligrosos asesinos armados ha sido motivo para una acusación de asesinato contra nadie; salvo —la voz del agente adquirió un timbre especial—, en caso de que las autoridades de una ciudad como Miami estén mediatizadas por un personaje como Tony Colter.

—No —dijo Johnny.

—¿No qué? ¿Está usted loco?

—Hay más. Yo maté a Betty Stanley y Joe Sulpicio hace seis años. Fui yo, ¡fui yo!

Maynard saltó del escritorio y avanzó agresivamente hacia él.

—¡Vuelva a decir eso y le parto los morros! ¿Cómo puede usted ser tan imbécil, Rush? Fue ya juzgado por ese presunto crimen, ¿no es verdad? ¡Y absuelto! Las leyes de nuestro país prohíben que se juzgue dos veces a la misma persona por el mismo delito. ¿Está soñando? ¿Tendré que despertarle a golpes?

Johnny se humedeció con la lengua los resecos labios.

—No importa lo que diga la Ley. Yo los maté. Debo pagar mi culpa. Huí hace seis años, porque era demasiado joven para comprender, pero me he jurado no volver a huir jamás de nada ni de nadie.

Maynard dijo burlonamente:

—La eterna historia.

A él le pareció oírse a sí mismo: «La eterna historia».

—¡No!

—Usted ha pagado su culpa, Rush; usted ha saldado su deuda. Se lo digo yo, que suelo ser inflexible...

—No he pedido su clemencia.

—¡Al cuerno! —exclamó el agente—. Mire, Rush, basta de tonterías. Una hora después de que usted asaltara la cámara

acorazada de Colter, han dimitido dos concejales y cinco oficiales de policía, entre ellos el jefe de la Brigada del Vicio, y el alcalde ha fletado un avión especial para trasladarse a la capital del Estado y entrevistarse con el gobernador. ¡No tendría clemencia con ellos aunque me la pidieran de rodillas! Pero a usted, Rush, no le debo clemencia, sino, justicia. Conozco su historia de pe a pa. Sé que era un oficial de policía de primer orden; sé que seguiría siéndolo, que volvería a serlo si se diera el caso. ¡Miremos las cosas sin falso sentimentalismo! Barriendo del mundo a Betty Stanley, a Sulpicio, a Jaspers y a Evello no hizo ni ha hecho usted sino un gran favor a Miami y al país, al orden, a la paz y a la Ley; hundiendo a Colter les ha hecho otro mayor aún, un favor que no tiene precio. ¿Quiere que, a cambio, le meta yo en la cárcel?

Hubo un silencio.

—No lo sé —dijo Johnny a media voz—. Esperaba ir a la cárcel. Me siento ahora como pez fuera del agua.

Maynard reía.

—Admitamos que ha tenido suerte. Charlie Evello le hundió en el río, y Charlie Evello le ha sacado de él. Si Charlie no le hubiera recogido en la cabaña de Colter y no le hubiese hablado de sus planes con respecto a éste, temo que la situación sería algo distinta. Sin tener a Tony Colter entre mis garras no habría podido yo persuadir a la policía de Miami de que le dejara a usted en paz.

—¿Usted ha hecho eso?

—Me he dado el gusto de apretarles los tornillos. La caída de Colter les ha puesto los pelos de punta... ¡Blandos como la jalea, Rush! ¡Ah, Dios, cuánto conviene que alguien venga aquí a hacer la colada!

Johnny se apoyó con ambas manos en el respaldo de una silla.

Era verdad: Charlie le hundió en el río, Charlie le había indirectamente sacado de él. Pero, en medio, ¡qué amarga expiación! El capitán Maynard no podía saber esto, no podía concebirlo ni imaginarlo.

¿O sí podía?

Los designios de Dios son inextricables, y ante Él ningún delito queda impune. Johnny había recorrido su camino. Había querido recorrerlo hasta el final, fuera cual fuese. Dios le colocaba ahora en la meta.

¿Era así?

Maynard consultó su reloj y emitió un silbido.

—¡Cielos, mi mujer! —exclamó despreocupadamente—. Le prometí volver pronto... ¿Viene usted, Rush? Puedo llevarle en mi coche a donde quiera. Mi consejo desinteresado, sin embargo, es que pase la noche en un hospital.

Johnny no contestó.

El agente se puso la chaqueta y le asió del brazo.

—¿No me ha oído? Vámonos.

Se dejó conducir.

—Quiero marcharme cuanto antes —dijo, cuando se hallaban ya en el ascensor.

—¿De Miami?

—Sí.

—¿Para volver a Bear Plain?

Johnny experimentó un ligero vahído, pero la firme y amistosa mano de Maynard le sostuvo en pie.

—No —respondió, con voz casi inaudible—. Iré a un lugar llamado Stanton. Me han dicho que está cerca de Tampa.

FIN



Dos misteriosos asesinatos pusieron a Don Benet en el mayor apuro de su vida... Porque a partir de aquel momento, en que identificó el cadáver de uno de sus amigos, viviría bajo una constante amenaza de muerte, a la que estaba dispuesto a hacer frente con toda la fuerza de sus puños

Así da comienzo la intrigante trama de:

LO PAGO CON SANGRE

un relato policíaco de la mayor calidad literaria, que ha escrito con su habitual maestría, el celebrado autor

KEITH LUGER

¡Era el blanco de dos bandas rivales... y había caído, a la vez, en las garras de una enigmática y cruel rubia, que pensaba eliminarlo tan pronto obtuviera la información necesaria!

LO PAGO CON SANGRE

¡No pierda la ocasión de leer esta trepidante novela, la próxima semana!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará como una de las más acertadas selecciones de su apasionante serie

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
649 — María Teresa Sesé
VIRGINIA

COLEC. "MADREPERLA"
545 — Corín Tellado
EL ORGULLO DE MILADY

COLECCION "ROSAURA"
489 — Mary Vidal
LA DAMA DEL CUADRO

COLECCION "AMAPOLA"
376 — E. Aguilar de Rúa
PRISIONERA DEL DEBER

COLECCION "ALONDRA"
328 — Jesús Navarro
MONICA

COLECCION "CAMELIA"
270 — Maricé Salcedo
OJOS AZULES

COLECCION "ORQUIDEA"
239 — María Morgan
HUIDA AL AMANECEER

COLECCION "CORAL"
120 — Corín Tellado
YO SOY AQUELLA CHICA

COLECCION "BISONTE"
590 — A. Rolcest
LA LEY DE LA CUERDA

COL. "SERVICIO SECRETO"
454 — Silver Kane
CINCO GATOS NEGROS

COLECCION "BUFALO"
287 — Raf Segrram
LLUVIA DE BALAS

COLECCION "CALIFORNIA"
134 — M. L. Estefanía
MISION DESAGRADABLE

COLECCION "TEXAS"
155 — Rogers Kirby
EL MUERTO QUIERE MATAR

COLECCION "COLORADO"
72 — Tex Taylor
MIENTRAS RUGEN LAS PISTOLAS

COLECCION "KANSAS"
45 — R. C. Lindsmall
LOS TRAVELLY NO PERDONAN

Col. "HEROES DEL OESTE"
27 — M. L. Estefanía
PONY EXPRESS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Provetca, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

Kid se propuso casarse con aquella muchacha discola, pero hermosa y distinguida, sin poder adivinar los problemas que su decisión iba a acarrearle...

Así se inicia la acción de



MANSO COMO TIGRE

Un nuevo y trepidante relato del famosísimo

RUDY LINBALE

que les ofrece esta semana la gran

COLECCION BISONTE EXTRA

¡Tuvo que luchar con la familia de la mujer amada para defender su cariño y su propia vida, amenazada seriamente por los que debían ser sus más allegados parientes!

MANSO COMO TIGRE

¡Una novela de acción continua!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

En un mundo más complejo cada día...

U S T E D

necesita aumentar:

La capacidad intelectual.

Su rendimiento en el trabajo.

Su resistencia en todos los aspectos...

...para esto, precisa emprender cada jornada,
alegre, bien dispuesto y... DESCANSADO

COLECCION IBIS

le ofrece un libro interesantísimo titulado:

El arte de descansar

por

HERMAN S. SCHWARTZ

el cual le enseñará, no solamente el modo de
descansar durante el sueño, sino en cualquier
momento de sus actividades habituales

¡No olvide este título!

EL ARTE DE DESCANSAR

Precio: 65'— ptas.

Un nuevo éxito de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

NO SERAS UN EXTRAÑO

¡La obra cumbre de

MORTON THOMPSON

avalada por el éxito rotundo que, traducida a 21 idiomas, sigue obteniendo en el mundo entero!

No serás un extraño

¡la obra que ha obtenido una acogida sin precedentes entre los lectores de todos los países!

**¡ADQUIERALA AHORA EN SU
5.ª EDICION!**

¡No deje que se agoten de nuevo!

Precio: 120 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LOS HERMANOS KARAMAZOV

de Fedor Dostoievski

Una de las obras maestras de la literatura universal, que ha sido llevada a la pantalla con un éxito sin precedentes

METRO GOLDWYN MAYER

la ha presentado bajo un sensacional reparto, entre los que destacan

YUL BRYNNER Y MARIA SCHELL

¡AHORA PUEDE USTED LEER ESTA GRAN NOVELA...

en una magnífica edición que ha puesto a la venta

COLECCION JOYAS LITERARIAS

con gran número de fotos de la película y bellamente encuadrada!

Precio del volumen: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Andy Griffith

N.º 871

La sensacional revelación masculina de "Un rostro en la muchedumbre", el último y discutido film de Elio Kozan. Procede de la Escuela de Arte Dramático de Nueva York.

Foto WARNER BROS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - España

Precio en España 6 ptes. Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Traducido del francés «Lama» significa «placa de metal». La tela lame es un textil satinado y elástico que brilla por una de sus superficies y es usado para el diseño y la confección de prendas como vestidos, disfraces y muñequería. < <

[2] La cretona es originalmente una tela de lino o algodón, blanca y fuerte. El origen de la palabra se atribuye a Paul Creton. < <